

Mi barrio en cuarentena

CONCURSO DE RELATOS Y FOTOS DE MUJERES Y JÓVENES DE SAN MARTÍN

Natalia Gavazzo
Yesica Morales
Romina Rajoy
(coordinadoras)



Canada

Mi barrio en cuarentena

Mi barrio en cuarentena

CONCURSO DE RELATOS Y FOTOS DE
MUJERES Y JÓVENES DE SAN MARTÍN

Gavazzo, Natalia

Mi barrio en cuarentena: concurso de relatos y fotos de mujeres y jóvenes de San Martín / Natalia Gavazzo; Romina Rajoy; Yésica Morales; compilación de Natalia Gavazzo; Romina Rajoy; Yésica Morales; editado por Nicolás Bolívar; Gabriela Capellaro; fotografías de Analía Cid. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Gabriela Capellaro, 2021.

112 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-88-2872-5

1. Relatos Personales. 2. Fotografía Artística. I. Gavazzo, Natalia, comp. II. Rajoy, Romina, comp. III. Morales, Yésica, comp. IV. Bolívar, Nicolás, ed. V. Capellaro, Gabriela, ed. VI. Cid, Analía, fot. VII. Título.

CDD 770

Editores: Nicolás Bolívar, Gabriela Capellaro

Diseño de cubierta e interiores: Virginia Giannoni

Fotografía de cubierta: Analía Cid

Realización de mapa: María Teresa Pérez

Grabado 1: Yair Rubio

Grabado 2: Juan Valenzuela

ISBN: 978-987-88-2872-5

Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Impreso en Argentina.

Este libro está dedicado a los seres queridos de nuestro territorio que perdimos durante 2020 y 2021 por la pandemia de COVID-19 y cuyas muertes –aunque dentro de las tasas de mortalidad aparezcan como un número– son heridas dolorosas que todavía no sanaron. Sin embargo, cada vez que lxs recordemos, irán de a poco cicatrizando, porque lxs llevaremos siempre en nuestra memoria y en nuestros corazones.

Se lo dedicamos muy especialmente a:

Verónica Gonzales Blanco, madre, esposa, abuela, amiga, compañera y artista del CUSAM, ganadora del concurso en la categoría fotografía.

Luis Morales, papá, esposo, “busca” y feriante de barrio Sarmiento.

Alfredo Coronel, compañero no docente de la Escuela Secundaria Técnica UNSAM, excelente trabajador, familiar y amigo.

Rocío Ibáñez, estudiante de FinEs del Área Reconquista.

Mariano Fabio Messana, compañero del CPM, concurría a la olla popular siempre que podía.

Y de La Colmena, a:

Alicia Delgado, abuela de varias infancias que asisten al jardín La Colmenita.

Ariel Herrera, enfermero del CAPS 17, querido compañero, apasionado por su trabajo, vacunador de las infancias del jardín.

Amanda Sosa, vecina de Villa Hidalgo y “manzanera” del plan Más Vida.

Néstor Eduardo Farías, sobrino de la gran Carmen, compañera legendaria, uno de los primeros que se nos fue.

Graciela Ramírez, socia fundadora, mujer fuerte y luchadora.

El arte como refugio: del concurso al libro

A lo largo de nuestra historia, especialmente en momentos críticos como los que nos han tocado vivir en esta pandemia de COVID-19, los seres humanos necesitamos una vía de escape que nos permita resignificar el sufrimiento o la incertidumbre, encauzar nuestra energía vital y crear algo significativo que podamos compartir con otras personas para generar empatía y sanar. Con la convicción de que el arte constituye un refugio, una terapia curativa y una herramienta de transformación, aún más en tiempos de crisis, nace este libro.

El conjunto de relatos e imágenes que aquí presentamos surge del concurso artístico Mi Barrio en Cuarentena, cuya convocatoria se dio en el marco del proyecto IDRC-UNSAM Migrantas en Reconquista¹ poco después de que en marzo de 2020 fueran declaradas medidas de aislamiento a causa de la pandemia de coronavirus. La meta fue conocer cómo se estaba viviendo la cuarentena desde la visión de las mujeres y jóvenes de los distintos barrios del Municipio de San Martín en el Gran Buenos Aires, sobre todo del Área Reconquista (AR), donde trabajamos desde la universidad. Mediante esta iniciativa, buscamos fortalecer las herramientas pedagógicas y garantizar el acceso a la educación en un contexto de desigualdades y obstáculos preexistentes que, en cuarentena, se hicieron aún más difíciles de superar. El concurso fue entonces un experimento que –tal como intuimos– demostró lo que

1. La vinculación entre este libro y este proyecto está detallada en profundidad en el epílogo.

INTRODUCCIÓN

los procesos educativos pueden generar en estos territorios del conurbano bonaerense. Estimular y reconocer las capacidades creativas de mujeres y jóvenes nos reafirmó en la necesidad de fomentar el arte popular, a través de las palabras y las imágenes, y la coproducción de conocimientos entre academia y territorio.

Desde su planificación, el concurso nos ha permitido estar cerca de las familias de San Martín sin poner en riesgo nuestras vidas y priorizar el vínculo con ellas colaborando, a la vez, para atender las necesidades y preocupaciones, aprovechando cada margen de acción para potenciar las demandas y la organización comunitaria y/o barrial durante la emergencia sanitaria. Además de las mujeres, foco de nuestra investigación-acción, buscamos incorporar también las voces de lxs jóvenes, que en ocasiones sufrieron aún más que ellas la interrupción de los ciclos educativos o su paso –siempre incompleto y difícil de sostener– a la virtualidad. Así, buscamos establecer un canal de comunicación y de conocimiento de sus distintas percepciones, que parecían invisibilizadas en los debates públicos sobre el confinamiento.

El resultado del concurso es, entre otros, este libro, que busca ser un espejo que refleje las visiones de quienes habitan los distintos barrios de San Martín, diferentes de las estereotipadas y negativas que circulan sobre ellxs en general, y especialmente en este momento tan crítico en el cual la búsqueda de culpables y chivos expiatorios están a la orden del día.

Primero redactamos una convocatoria para las dos categorías, relatos y fotografías, y para estos dos grupos en los que enfocamos nuestra atención: *mujeres y feminidades* (incluyendo a las diversidades LGBTQIA+) de más de 21 años, y *jóvenes* de hasta 20 años (considerando que la escolaridad en San Martín suele extenderse unos años más que la expectativa de la educación formal). Preguntamos: “¿Qué sentimos cuando estamos encerradxs? ¿Qué les pasa a los cuerpos encerrados y lejos de otros cuerpos?”. Mediante el texto de la convocatoria y también a través de tutoriales creados especialmente, pedimos que se expresaran miradas tanto desde los hogares como

INTRODUCCIÓN

desde los barrios, a partir de sus vivencias, sobre el medioambiente, el trabajo, la salud, la educación, la alimentación, la familia y la violencia de género, entre otras problemáticas a las que veníamos atendiendo desde Migrantas, y que se agravaron en el contexto de encierro.

En el proceso de producción de obras, creamos estrategias para generar espacios de intercambio y diálogo cuando la presencialidad no estaba permitida. Conversamos telefónicamente con educadorxs y estudiantes de diversas instituciones formativas del municipio, para reflexionar colectivamente sobre esta situación extraordinaria y buscar herramientas que nos permitieran obtener información fidedigna sobre lo que estaba pasando y, a la vez, formas terapéuticas de lidiar con el encierro, la pérdida y el dolor mediante la vinculación. Fueron lxs educadorxs quienes tomaron la tarea militante de difundir y aportar a la creación de obras, motivando a mujeres y jóvenes con la ilusión de que sus textos y fotografías pudieran participar del concurso, ganar un premio y publicar sus obras. Con la difusión del concurso mediante *spots* que circularon en radios comunitarias, comenzamos a recibir relatos de mujeres y jóvenes en archivos de audio, en palabras escritas, poéticas, crónicas, o incluso en forma de rap. La articulación con espacios institucionales de la UNSAM, como el Programa de Vinculación con Escuelas Secundarias, la Escuela Secundaria Técnica (EST) y el Centro Universitario de San Martín (CUSAM) del Penal N° 48 de José León Suárez, también fue central. Nuestra red de investigadoras y articuladoras colaboró activamente durante la convocatoria, encontrando ventanas de participación y acercándose a visitar a las mujeres en sus espacios comunitarios, en sus hogares y barrios, proponiendo encuentros para motivarlas a escribir, a través del teléfono o por videollamadas. Pero, sin dudas, el encuentro con lxs protagonistas del territorio se dio gracias a la extensa red de organizaciones barriales que fomentan el arte y la cultura comunitarios y que sostuvieron –como pudieron– el contacto cotidiano con lxs vecinxs. Con todo, al cierre de la convocatoria contamos con una participación total

INTRODUCCIÓN

de ochenta personas de casi veinte barrios y veinticinco instituciones; entre ellas, ocho espacios comunitarios y barriales emplazados en ocho de los barrios del AR, además de cuatro centros juveniles pertenecientes a la Dirección Municipal de Juventudes, una escuela primaria para adultos y trece escuelas secundarias de San Martín.

En una primera lectura, las obras presentadas al concurso *Mi Barrio en Cuarentena* nos mostraron aquello que vivieron jóvenes y mujeres desde el silencio de sus casas, desde las calles vacías de sus barrios, desde sus organizaciones desbordadas por la demanda de la emergencia sanitaria, incluso desde la cárcel, que tan bien conoce el encierro. En el acto de escribir relatos o tomar fotografías –en la mayoría de los casos por primera vez en sus vidas– en medio de una crisis y de situaciones personales extremadamente difíciles, lxs concursantes compartieron una diversidad de emociones. Es que los trabajos remunerados escasearon aun más que antes y las múltiples tareas de cuidados (personales, familiares y comunitarios) recayeron especialmente sobre las mujeres y sus cuerpos, y fueron las responsables del sostenimiento de la vida en este marco de enfermedad, sufrimiento y muerte. Se hizo evidente el protagonismo que asumieron y asumen las mujeres en sus barrios y hogares. Simultáneamente, los relatos y fotografías recuperan la gran capacidad creativa de lxs jóvenes que, aunque parecían estar a salvo o ser lxs menos vulnerables frente al contagio del virus, también experimentaron dificultades. Por ejemplo, tener que acompañar a sus madres en la búsqueda de alimentos ya que la pérdida de parientes también significó para sus familias una olla vacía, además de una desaparición abrupta sin posibilidad de despedirse. Como se verá en las obras que componen este libro, las revinculaciones de lazos de solidaridad y confianza en la organización comunitaria permitieron no solo la supervivencia, sino que encontraron puentes de participación y colaboración entre generaciones en tiempos de adversidad.

Luego, debimos pensar en un jurado anfibio como nuestro proyecto, es decir, que estuviese “a mitad de camino” entre la

INTRODUCCIÓN

academia y el territorio, que conociera el oficio artístico y los estándares científicos pero que hubiera “pisado” estos barrios, y que, por ende, pudiera comprender el potencial de las obras y seguir fomentando el diálogo entre saberes y experiencias. Entonces, convocamos a lideresas de organizaciones del territorio vinculadas a las prácticas artísticas; académicas reconocidas en áreas como educación, arte y política; y nos incluimos a nosotras, como coordinadoras del concurso e investigadoras del proyecto Migrantas en Reconquista. Luego de un análisis individual y por categorías, se realizaron varias reuniones en las que se discutieron las obras desde distintos puntos de vista hasta llegar a decisiones consensuadas por todas. En la categoría relatos de *mujeres*, se decidió otorgar el primer premio a Rosa Barrón Valencia (de Colectividades Unidas Sin Fronteras, del barrio de Costa Esperanza) y el segundo premio a Daniela Borda (estudiante del CUSAM, alojada en el Penal N° 46). También se otorgó una primera mención a Esther Urquia (de la Asociación Civil Flor de Loto, de Villa Hidalgo) y cuatro menciones especiales (sin orden de mérito) para Jessica López (de José León Suárez), Maira Lemús y Mariana Edith Noriega, (ambas del barrio Libertador) y a Silvia Bravo (del barrio Lanzone). Para la categoría relatos de *jóvenes*, se distinguió con el primer premio a Keyla Pineda (del Centro Juvenil Billinghamurst) y con el segundo premio, a María Sol Santillán (de la Asociación Flor de Loto). Por otro lado, se designaron menciones especiales para Irina Galeano (de la EST UNSAM), Ariana Rebaza (del Colegio Alma Fuerte) y Sol Álvarez (del Instituto San Antonio de Padua).

Si bien los materiales fotográficos recibidos eran ricos en contenido simbólico y valor documental, varias fotografías no cumplían con los requisitos técnicos explicitados en las bases del concurso. Asimismo, tal como destacó el jurado, se hizo evidente que lxs jóvenes tienen mayor cercanía que las mujeres a la fotografía y a lo visual, con excepción de aquellas experiencias guiadas por educadorxs en talleres comunitarios. El primer premio de la categoría *mujeres* fue para Verónica Gonzales (estudiante del CUSAM del Penal N° 46, a quien

INTRODUCCIÓN

perdimos luego de ser premiada y liberada en 2021) y el segundo premio, para Silvia Bravo (de barrio Lanzone). En la categoría *jóvenes*, el jurado designó como ganadores a Alejandro Sotelo (primer premio, Escuela N° 24 de José León Suárez y Centro Juvenil del barrio Independencia) y a Alejandro Obertino (segundo premio, Biblioteca Popular La Carcova).

A partir de este dictamen, contactamos a todas las personas ganadoras elegidas por el jurado a fines de 2020 y realizamos una emotiva entrega de premios (que estratégicamente elegimos que fueran computadoras y ropa deportiva). Luego, en 2021, para la elaboración del libro, decidimos incluir más relatos a fin de ampliar la mirada a otras visiones y volverla más panorámica. Con estas mujeres, logramos coordinar un encuentro único en mayo de 2021 que dio inicio a un taller de autoedición que coordinamos con algunas integrantes del jurado. Allí, gracias a un esfuerzo por garantizar conectividad donde no la había, logramos que se conocieran por primera vez y que pudieran intercambiar esas vivencias de la pandemia expresadas en los relatos y comenzar a compartir una experiencia colectiva de aprendizaje de la escritura. “Escribiendo me di cuenta de que me gustaba”, “Me animé a escribir para mí”, “Fue como una liberación, una descarga” y “Me explayé con todo lo que sentía, me gustó mucho, aprendí cosas nuevas”, fueron algunas de las frases pronunciadas. Otras más duras como: “Había llorado antes de escribir y salió eso”, o bien: “Escribí porque sabía que alguien me iba a leer”, también resonaron fuerte. Desde el penal, una participante comentó: “Sé lo que es el encierro, no me costó escribir”, y aclaró que “escribir me ayudaba a escapar”. Del mismo modo, otra de las ganadoras contó de su proceso creativo mientras se despedía de su padre: “Escribía mientras miraba entrar y salir ambulancias”. No faltó una que otra lágrima, ni esos relatos que llegan al fondo del alma, que evidenciaron que estábamos cerca de lograr una de las finalidades del concurso: encontrarnos, conocernos y reconocernos, a pesar de que la virtualidad nos impedía “estar” en cuerpo presente, para crear este

INTRODUCCIÓN

libro de manera colaborativa como experiencia de aprendizaje y autovaloración como artistas.

El taller virtual de edición se extendió durante varias semanas en que los textos, correcciones y biografías fueron y vinieron varias veces desde las autoras hasta las coordinadoras. En estos encuentros confirmamos que toda planificación de actividades educativas debe estar abierta a modificaciones para poder adaptarse a los diferentes públicos y para adoptar nuevas formas de estimular los procesos creativos en poblaciones que no tienen experiencia en escritura. Y si bien la edición pretendió mejorar la redacción, se buscó respetar estilos y formas propias de comunicar sin buscar perfección ni corrección literaria, y potenciar las miradas expresadas en las obras para que pudieran llegar a los lectores desde la sensibilidad y la identificación con ese universo de imágenes y palabras propio de cada una. Asumimos el compromiso de ser lo más fieles posible a las historias que querían mostrar: la vida en cuarentena de personas muy diversas que quizá nunca se hubieran cruzado en su vida, pero que se unieron mediante el desafío de publicar un libro. A la vez decidimos incluir ilustraciones de los relatos hechas por dos artistas de estos barrios que de distintas maneras forman parte de nuestra extensa red.

Invitamos entonces a quienes lean estas páginas a que puedan conocer un poco más de sus barrios y que, de alguna manera, puedan identificarse con estos. Estas mujeres y jóvenes asumen a diario un compromiso con su territorio y sus vecinxs que no comenzó en esta pandemia ni terminará con ella, sino que simplemente se amplificó para contener la crisis sanitaria, tal como sucedió en tantos otros territorios periféricos del conurbano bonaerense y de otras ciudades como la nuestra.

Esperamos, finalmente, que en los ámbitos académicos se valoricen las diferentes técnicas de educación popular que utilizamos y reformulamos en este proceso creativo. Desde nuestro proyecto, alojado en una universidad pública del conurbano bonaerense como la UNSAM, pretendemos contribuir mediante la investigación-acción a reflexionar sobre este

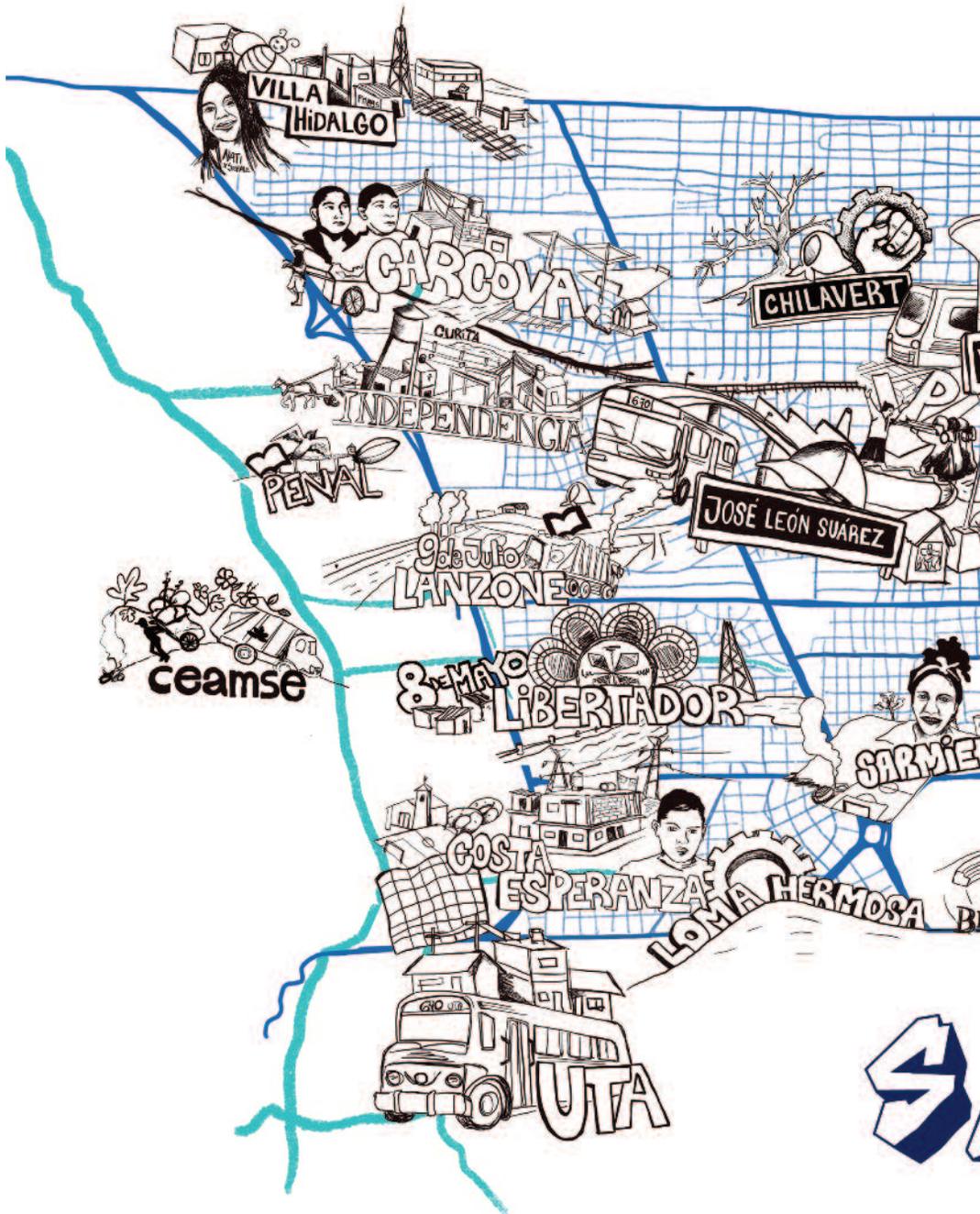
INTRODUCCIÓN

mundo desigual e injusto que habitamos, que excluye y estigmatiza a una gran parte de la sociedad, y a la vez crear (o al menos comenzar a imaginar) otro, más igualitario e inclusivo. Este libro, entonces, es el resultado del diálogo de saberes que sostenemos desde hace años y que, en estos tiempos pandémicos (quizás de los más difíciles que como humanidad nos tocó vivir), conseguimos mantener junto a mujeres y jóvenes a quienes admiramos y queremos. Creemos que la academia merece darse una nueva discusión y que la experiencia de los barrios deja al descubierto realidades que, a veces, aunque parezcan evidentes, son invisibilizadas o simplemente desmerecidas como saberes legítimos. Nuevos formatos de educación no solo son posibles y deseables, sino que ya existen y están latentes en los barrios populares como los del AR, y nos invitan a repensar otro tipo de procesos de aprendizaje, embebidos de nuestro alrededor, que mejorarían la calidad del conocimiento científico producido en las universidades. Porque a veces eso que buscamos está más cerca de lo que pensamos, solo tenemos que levantar la mirada y abrirnos a conocer la experiencia de la vida cotidiana de las otras personas.

Natalia Gavazzo, Yesica Morales, Romina Rajoy

Coordinadoras del concurso Mi Barrio en Cuarentena
y del libro *Mi barrio en cuarentena*, también directora y becarias
respectivamente del proyecto IDRC-UNSAM Migrantas en Reconquista.

**MAPA DEL TERRITORIO/
FOTOGRAFÍAS**





SAN MARTÍN

Barrio X Barrio

Sin título



Verónica Gonzales

CUSAM

Verónica vivía en Virreyes pero cuando participó del concurso llevaba un año y 9 meses privada de su libertad en la Unidad Penal N° 46 de José León Suárez. Habitaba un espacio reducido y convivía con muchas mujeres. Ella era una mujer a la que le encantaban el orden y la limpieza y, a pesar de estar privada de su libertad, le encantaba estar con sus amigas. Conoció el concurso por un taller de fotografía que conoció porque ella cursaba el CPU en CUSAM (sede de la UNSAM dentro del Complejo Penitenciario Norte).



En palabras de su hijo y amigas, su gran sueño era “poder disfrutar de su nieta Sofía, pasar más tiempo con Dulce (nieta) y conocer a Enzo (nieto), que tiene meses de vida”. Vero siempre tuvo muchas ganas de hacer y crear, la cárcel le brindó muchas posibilidades para reencontrarse con ella misma. Por eso la recordamos así, siempre con amor.*

* Texto armado por Leandro (hijo de Vero), Daniela (amiga) y Yesica (coordinadora del libro).

Poliladron



Silvia Bravo

Merendero Día de Juego, barrio Villa Lanzone



Vive en el barrio Villa Lanzone y, a sus cuarenta y tres años, es mamá de tres hijos. Es cooperativista y trabaja en el reciclado de residuos. Silvia, además, lleva adelante, junto con su familia, el merendero “Día de juego”, desde donde les tocó afrontar todas las urgencias y necesidades que la pandemia profundizó. En plena cuarentena, perdió a su papá. Toda esta situación la llevó a participar del concurso: “Sentí la necesidad de mostrar todo lo que estaba pasando en el barrio”.

Un día normal en cuarentena





Alejandro Sotelo

Escuela 24 de José L. Suárez, Centro Juvenil Independencia

Vive en José León Suárez, en el barrio Curita. Con veintiún años, está enfocado en el estudio del profesorado en Inglés. Comparte su casa con su mamá y cuatro hermanos menores. Otros dos viven con su papá en otro domicilio. La pandemia lo obligó a encerrarse y, por eso, quiso mostrar lo que podía hacer en esos días : “Estar en la terraza, ver el cielo, mirar a la gente que pasaba...”.

Carcova en pandemia





Alejandro Obertino

Biblioteca Popular de La Carcova

Vive en José León Suárez, en barrio Carcova. Tiene 16 años y es estudiante de 4º año en la Escuela Técnica UNSAM. Vive junto a su mamá “Viky”, su papá Leandro, dos hermanas y su hermanito de 4 años. Su inspiración para la foto de los árboles fue porque le encantó cómo se veía el reflejo de la luz, “como si hubiera otro mundo”, y afirmó que la fotos de sus hermanos fue por el gran amor que les tiene.

RELATOS/ MUJERES

Nostalgias en cuarentena

Mi nombre es Rosa Valencia, soy de Costa Esperanza, tengo 48 años y recién estoy aprendiendo a tejer, aunque siempre me gustó el diseño y hago costura como *hobby*. Soy de Bolivia y me gusta ser todo oídos para la gente, estar en el mostrador, en la calle y escuchar las problemáticas que pasan. Trabajar para la gente es lo que mejor me sale hacer.

La primera semana de la cuarentena a mi hija Tiziana le agarró un ataque de llanto, igual que a mí cuando estuve embarazada. El embarazo te hace muy sensible, a mí me pasó que iba a visitar a mi familia, lloraba y era una angustia inexplicable. O también lloraba de felicidad porque no podía creer que esa cosita se movía dentro de mí. Bueno, fue una sensación de embarazo esto de la cuarentena, porque Tiziana me preguntaba qué hacía si le pasaba algo y no me salía contenerla, me faltaba comprender a mi hija.

El segundo mes me sensibilicé más con la gente, sus penas, sus preocupaciones y las necesidades. Más que nada por mis clientes vecinos que, cuando vienen y compran en el local que tengo en mi casa, cuentan lo que les va pasando. Al principio pensamos que eran 15 días y nada más y, cuando se empezó a alargar y lo anunciaban por los medios de comunicación, la gente se empezó a angustiar en serio. ¿De dónde iban a tener la plata para sobrevivir todos los meses, y más los que tienen hijos chicos y adolescentes? Y también los que dejaron de trabajar. Como una amiga que tiene 5 chicos y el único que trabaja es el marido en una metalúrgica en Capital y, como no puede ir,

pasaron a pagarle el sueldo mínimo. Ellos se compraron la mercadería para el mes y no pudieron pagar el colegio de 3 de sus hijos que van a la escuela privada. Ahora se endeudaron, ¿cómo hacen para arrancar después?

Este último mes, estar lejos de mi familia me hizo sufrir demasiado, porque cuánto me hubiera gustado estar al lado de ellos... de mi papá, que estaba delicado. A tal grado que falleció. Y tuve dos semanas intensas de angustia continua. Después de que mi padre falleció, me dejó un alivio y también apareció una mayor preocupación, porque ahí recién vi que la gente del barrio de verdad se estaba enfermando de coronavirus. Porque yo estaba en mi mundo, llamando a mis sobrinos, a mi papá, para ver cómo evolucionaba.

Cuando pasó todo, me di cuenta, empecé a escuchar a la gente que la estaba pasando mal, la gente del fondo, del barrio, vecinos, amigos a los que les agarró... Ahí empecé a ver que el virus nos estaba afectando. Yo estaba en mis cosas, en mi mambo, y no me daba cuenta de las cosas que estaban pasando a mi alrededor.

Después de que pasó lo de mi papá, ahí, me di cuenta. Cerré por completo las puertas, vendí por la ventana. Vendí lo que tenía, no fui a comprar más porque ahí me agarró miedo la enfermedad. Me agarró miedo por mis hijas, por Rómulo, mi esposo, por mi familia, mis amigos, mis vecinos.

Noté distintas reacciones, gente con ganas de denunciar a sus propios vecinos por la impotencia que les daba ver que igual salían, cuando tenían que hacer cuarentena. Algunos vecinos guardaban silencio para no alarmar tanto a los demás. Otros vecinos me lo contaban y yo me sentía en la obligación de callar, porque sentir que la gente los estaba discriminando por eso era fatal. Mis vecinos me llamaban: “Mirá, tal persona tiene esto, ¿la denunciarnos?”. Y yo les decía que no, que para qué, que esa persona ya estaba afectada y se iba a sentir peor, ¿de qué serviría? “Lo que sí, nos tenemos que cuidar...”.

Lo que no todos pudieron hacer es cobrar y lo que noté en la calle, en el negocio, en la gente, es que había poca

plata. Me preguntaba cómo iba a arrancar esto, “¿cómo va a arrancar sin dinero?, no hay plata, no hay capital como para decir, qué sé yo, voy a hacer 6 colchas... ¿A quién le vas a vender? Porque no está la plata”.

Yo siento que ya pasó todo, me agarró picazón, dolor de cabeza, menos a mi hija Maya, a todos nos agarró esa sensación. Y no fuimos a hacernos el test porque fue solo un día. Y nos hicimos las gárgaras con bicarbonato y con todos los yuyos. Preparamos un jarabe con jengibre, cúrcuma, limón y miel. Todo ralladito y lo tomábamos. Cada cuatro horas una cuchara. Nos encerramos para cuidarnos. Yo siento que, así como yo la pasé, la habrán pasado muchos vecinos. Ahora, ¿cómo hacemos para arrancar después?

Antes del coronavirus yo quería hacer un proyecto para hacer ropa, para que estudiantes de la universidad pudieran seguir estudiando. Después, tuve mis miedos de invertir y que no diera resultado porque no había plata en la calle. Entonces pensé que, en vez de ropa, hiciéramos medias.

Pero hay que planificar qué hacer después del coronavirus, ¿cómo generar fuente de trabajo y cómo realizarlo? Desde el grupo de mujeres de Colectividades Unidas Sin Fronteras queremos que este cuento del coronavirus no quede solo acá, sino que, en un futuro, podamos decir que las fuentes de trabajo que tenemos en nuestra mente se pueden llevar a cabo.

Rosa Barrón Valencia

Nací en Sucre, Bolivia. Llegué a Argentina en 1987 a los 14 años, con el objetivo de trabajar y mejorar mi calidad de vida. Para mí, Buenos

Aires es un lugar donde se abren muchas puertas y posibilidades, siempre me gustó aprender cosas nuevas para salir adelante.

Tengo 4 hijxs argentinxs, actualmente tengo un minimercado donde vendo cosas internacionales con el objetivo de tener cerca diferentes

raíces y colectividades. Junto con mis vecinxs y amistades paisanas, fundamos el Centro Cultural Social y Deportivo Boliviano en San Martín; no solamente para la comunidad boliviana, sino para la participación de otrxs migrantes. Asimismo, formé durante el primer año de pandemia, junto con un grupo de mujeres, la Cooperativa Textil Copacabana dentro del proyecto de Colectividades Unidas Sin Fronteras, cuya finalidad es potenciar el trabajo textil y el fortalecimiento de mujeres migrantes.



Más grande que la reja

Me crié en el barrio La Cabaña, este se encuentra ubicado un poquito más allá de Pablo Nogués, pero hoy el mundo y la pandemia me sorprendieron en un lugar donde una tiene mucho tiempo para reflexionar.

Septiembre de 2020 se convirtió en una ruptura de la cotidianidad, un cambio y una mezcla de sentimientos, sensaciones extrañas, lo único que calma es que me encuentro con mi mamá; pero pesa demasiado estar lejos de toda la familia, sin tener actividad; quizás no a todos nos afecta igual, pero salir al pabellón se siente...

Se siente el ambiente, se ven las miradas tristes, ojos brillantados, perdidos, que parecen mirar hacia la nada, donde brotan los recuerdos que nublan la vista, que se convierten en lágrimas que vienen y se van. Volamos tanto que llegamos a nuestra infancia, quedamos por momentos como en un sueño hasta que hacemos un clic y volvemos a la realidad; muchas, para salir de esto, se tiran a la cama, otras buscamos la forma de sentir que no estamos acá. Se genera ansiedad, entra la incertidumbre, empiezan a aparecer nuevas conductas, la reflexión y la idea de querer huir de nuestra existencia real.

Cada una busca su lugar, muchas entran al rincón de la pintura, un pequeño espacio que nosotras nos armamos, no a todas les gusta, pero pintar nos da el sentimiento de que salimos de acá. Muchas agarran la máquina de coser, a otras las llama un poco más el celular.

El pabellón no es muy grande, el patio tampoco lo es. Hay cuatro celdas: dentro de ellas varía la cantidad de mujeres que conviven. Somos un total de 31 pibas todas de diferentes edades, cada una con aventuras distintas, algunas más fuertes que otras. Hay días en los que predominan las juntas, mates, charlas... hasta llegamos a bailar y hay momentos en los que cada una está “en la suya”. Pero entre todas estas cosas, siempre está el deseo de salir en libertad.

Hoy más que nunca se siente el miedo; empiezan a aparecer preguntas que con las pibas no sabemos qué contestar... ¿Qué va a pasar si el virus entra acá? ¿Cuánto tiempo más va a durar esto? Preguntas y respuestas que nos damos solas y que nos generan más preocupación. Entre las charlas pinta el bajón: “¡Extraño a mis hijos!”; “Los nietos, papá y mamá”.

Se los siente tan cerca y lejos a la vez, ellos son los únicos que pueden depositarnos las cosas que necesitamos para subsistir cada día, esto los hace correr el riesgo de que algo les pase. El tiempo que les lleva hacer la fila y esperar horas, duele querer abrazarlos, saber que están acá y no poder besarlos. Preguntas y más preguntas y el mayor anhelo es que ellos estén bien.

Acá... Acá los días cambiaron, ya no son iguales, aunque así pareciera, no lo son; el calendario no ayuda, las horas parecen no pasar, ya no están los días en los que, ansiosas, salimos a guardar un lugar en la ducha para prepararnos para la tan esperada visita, que hoy no sabemos cuándo va a llegar.

Se extraña “la comida de la calle” que ellos con tanta alegría y amor nos preparan, el abrazo de papá también, se nubla la vista al recordarlo aunque entre tantas cosas las sonrisas y las carcajadas están. El rancho, como nos llamamos acá, son las pibas de mi celda y para mí, ellas son incondicionales, son como una nueva familia y, con tanto encierro, a veces nos cuesta la rutina diaria. Se encuentran más las diferencias, la convivencia a veces pesa un poco más pero aun así, la risa con ellas siempre predomina.

¿Los cuidados? La limpieza cada vez es más, por el distanciamiento social no nos podemos juntar mucho, el miedo

siempre está, sabemos que el virus puede llegar, entendemos que no a todas nos va a pegar igual; llega el momento en el que pensamos: ¡vamos a cuidarnos más! A veces parecemos exagerar: “No uses mi cuchara”. “Vos tampoco mi taza”. No podemos compartir el mate. Algunos días, por momentos tratamos de estar distantes, pero es difícil: entre nosotras somos nuestra única contención.

Es demasiado complicado mantenernos alejadas, ya que el espacio no ayuda, menos la necesidad de afecto. Entre miedos, dudas e interrogantes, nos preguntamos hasta dónde podemos aguantar.

Por estos días llevamos casi 6 meses de cuarentena en este pabellón dentro de la Unidad Penal N° 46 de José León Suárez. Y, si bien tenemos experiencia en lo que es el encierro, ya que en mi caso llevo 2 años y 3 meses privada de mi libertad, el aislamiento social preventivo y obligatorio se convirtió en un límite más grande que la reja y nos está asfixiando.

Daniela Borda

Nací en el partido de Vicente López. Soy del barrio La Cabaña, pero cuando participé del concurso llevaba dos años y tres meses privada de mi libertad en la Unidad Penitenciaria N°46 de José León Suárez.

Mi “barrio” actual es cerrado, con espacios muy reducidos, y convivo con muchas mujeres. Lo que más me gusta de este lugar es que puedo encontrar mi espacio, estudiar y compartir muchas horas con algunas mujeres que considero amigas, también con mi mamá, aunque con ella convivimos en la misma celda. Lo que menos me gusta son los horarios del cierre donde ya nos dejan dentro de las celdas.

Estoy cursando el 1º año de la carrera de Trabajo Social. Mi sueño es poder seguir estudiando, tener mi casa y ser lo que quise ser de chiquita: cumplir con la promesa que me hice a mí misma de ser alguien en la vida; satisfacerme a mí y a mis padres, que sueñan con eso también.

Pandemia

17 de marzo de 2020, el presidente Alberto Fernández anuncia un aislamiento social y obligatorio sobre todo el suelo argentino. Se habla de una pandemia, palabra que los jóvenes y los no tan jóvenes tenemos incorporada en nuestro léxico.

Un virus que proviene de Asia, atravesando Europa y Estados Unidos, llega a nuestra América Latina. Como primera medida, se suspenden las clases. ¡Cosa rara! Los chicos nunca habían estado sin escuela.

Nos obligan a quedarnos dentro de nuestras casas y a usar barbijo, ¡sí!, como los doctores... En el barrio todos pensamos: “¡No va a llegar!, ¡nosotros que no viajamos ni a la Costa Atlántica, menos se nos va a pegar un virus que viene desde China! ¡Eso es para los chetos que viajan fuera del país!”. Pero pará un poco... la tía de mi amiga labura en casa de familia y la pueden contagiar, y ella puede contagiar a su familia que vive acá, con nosotros, en la villa.

Dicen que es por la saliva, el roce, el estornudo, el contacto y que la única solución es quedarse dentro de casa.

¡Pero, si adentro no entramos todos!

¡Adentro hace calor!

¡Hay un padre abusivo!

¡Adentro hay un marido golpeador!

¡No hay espacio!

Nuestras casas son solo el lugar donde comer, bañarse y dormir. Nada más. Si los pibes quieren jugar, juegan en la calle. La calle para muchos es un refugio. Hoy, tenemos un

camión de policía con altoparlantes dándonos la orden de respetar la cuarentena. Ya no se puede estar en la esquina y mucho menos, en la vereda tomando mate.

Al principio fueron amables pero, con el correr de los días, se fueron poniendo pesados... algunos policías gritaban: “Metansé adentro, negros de mierda!”, como si fuéramos los culpables.

Mientras tanto, nos costó entender esta peste, aunque teníamos los ejemplos de Europa y de otros países cercanos como Brasil y Chile, ¡en donde había miles de muertos! Pero no eran muertos nuestros, así que cumplíamos las órdenes a medias.

Después, llegaron las tareas escolares de los chicos que, a duras penas, logramos entender y que entendieran ellos. La gran mayoría no tiene acceso a Internet y otra gran parte, cuenta con solo un celular por grupo familiar y se tiene que elegir entre “la recarga” o el almacén, y obviamente, elegimos comer. Porque los pobres preferimos tener la panza contenta. Hay comedores y ollas populares por todos lados, pero nunca alcanza para todos.

Esther Urquia

Soy Esther Urquia, nací en Capital Federal, soy del barrio Villa Hidalgo, vivo en él desde siempre, mi barrio es el lugar donde los de afuera no quieren entrar y los de acá tememos salir. Lo que más me gusta es que nos peleamos entre todos, pero si la desgracia nos patea la puerta, nos socorremos y acompañamos.

Lo que menos me gusta es la falta de espacios verdes y recreación.

Soy madre, hija, esposa y por sobre eso soy mujer, participo en el club de barrio donde asisten niños a la práctica de fútbol y hockey. Un sueño: la igualdad de oportunidades, que no sean limitadas por un barrio o por un partido.



Mundo en pausa

El 20 de marzo del año 2020 el mundo se apagó, las pantallas táctiles o móviles se encendieron, nos tuvimos que resguardar en nuestros hogares a causa de un enemigo invisible que no nos dejaba abrazar, saludar o besar. En mi caso, al principio me costó adaptarme al cambio y eso que soy una persona que disfruta de su casa, sus cosas, el silencio, pero esto ya es otro extremo. En marzo hacía una semana que había empezado las clases en la facu, y de repente todo se volvió virtual, costó pasar de fotocopias en mano a PDF, clases *online*, videollamadas con profesorxs, buscar ayuda en grupos de WhatsApp, incorporar nuevas plataformas, asociarnos a esta nueva virtualidad. Por momentos pensé en dejar las materias para volver a las clases presenciales al año siguiente (pensé que todo esto de la cuarentena no sería tan largo), pero bueno, al final les di una oportunidad a estos nuevos métodos y así comenzamos el cuatrimestre: clases en pijama, apuntes y café o mate en mano. Por otro lado, también pude acceder a esta modalidad porque tengo suerte de poder contar con equipos electrónicos que hoy en día se volvieron esenciales.

A medida que iban pasando los días, estar en cuarentena me fue afectando de algún modo, perdí el trabajo. Yo trabajaba de niñera y a raíz de la situación ya no me necesitaban, así que tuve que dejarlo. Hasta que un día empecé a escribir, lo veía como una forma de desahogo personal, empecé también a dibujar, realizaba alguna que otra meditación. Me dediqué a sembrar mi propia huerta, que acompaña a

la cocina, que es lo que me encanta hacer. Todas estas actividades me hicieron liberarme de cosas que por alguna razón con el auge de la rutina diaria normal eran tapadas y el “encierro” las liberó. Así que puedo decir que el arte fue como una herramienta de transformación para mí, me ayudó a sanar por dentro y lo que sana, cura.

Cuando estaba terminando con mis clases virtuales de la facu, empecé a dar apoyo escolar desde primaria a secundaria, pasando por todas las materias. Ayudé con las tareas, a realizar trabajos ya sea artísticos o por escrito, mantuvimos una relación por WhatsApp o videollamada también, la verdad que, haber empezado esto, me ayudó y me ayuda. No solo en la parte económica, sino que les doy una mano a esxs madres y padres que están un poco abrumadxs con toda esta situación, que tal vez estén trabajando desde sus casas y no tienen el tiempo suficiente para ayudar lxs niñxs. Yo estudio licenciatura en Administración de Empresas, lo que hago no está relacionado con mi carrera, pero siempre hay una parte social que me llama la atención, siempre estoy dispuesta para colaborar con algo o alguien.

Después de más de 100 días de aislamiento social una ya está cansada, ya no encuentra el mismo entusiasmo de aquellos primeros días de cuarentena. Extraño a mi familia, siempre nos hacemos videollamadas o hablamos por WhatsApp, se puede decir que la tecnología nos unió, pero nunca va a igualar unos mates con mi mamá en su patio, o con unxs amigxs en la plaza, disfrutando del sol. Al decir esto pienso que tal vez soy egoísta, por no pensar en aquellas personas que realmente la están pasando mal con esta situación, esta pandemia no discrimina e iguala diferentes clases sociales. Tengo conocidxs que están llevando a cabo sus propios emprendimientos para lograr llevar algo a sus hogares, ayudar a la familia. Detrás de todo esto hay esfuerzo y esperanza, así que siempre es bueno ayudar con algo, alguna compra o recomendación.

Yo vivo en José León Suárez, tengo familiares en el barrio La Carcova, es raro ver el barrio con sus calles vacías, a

veces los fines de semana se ven algunxs niñxs con pelota en mano y corriendo por ahí, pero es lindo ver cómo se ayudan unxs a otrxs, ayudar a las personas mayores, o que tengan alguna dificultad, a lxs que no pueden salir a la calle, esa solidaridad sigue existiendo en el barrio: unx capaz hace los mandados para todxs y después los reparte casa por casa, o colaboran con ollas populares, viandas hechas en casas, recolección de ropa o abrigo por el frío. Esto es lo que importa, la ayuda entre todxs, yo creo que ese es un poco el mensaje de esta pandemia: cuidar a lxs demás, protegernos, si no puedo salir, ofrecer ayuda. Tal vez al mundo le hacía falta solidaridad, por eso nos puso a prueba.

Ya pronto saldremos de esta y volveremos a salir, a juntarnos con familiares, amigxs, caminar por el barrio, tomar unos mates, compartir momentos que hoy se extrañan. Hay que aguantar un poco más, después todo esto será historia y la encontraremos en algún libro del colegio para poder contarla nosotrxs, que fuimos parte de ella.

Jessica López

Mi nombre es Jessica López, nací en el partido de San Martín, vivo en José León Suárez hace 27 años. Lo que más me gusta es que me recuerda a mi infancia, conectarme con esos recuerdos de jugar con mis hermanos, o visitar a mi abuela y que el aroma de su comida llegaba a la vereda. Lo que menos me gusta es la inseguridad y lo que tal vez me enoja es que nadie apueste a cambiarlo un poco, a renovarlo. Actualmente no estoy trabajando, fui mamá hace poco, pero estoy estudiando la licenciatura en Administración de Empresas.



Carta a mi hija

Libertador, 17 de julio de 2020

Voy escribiendo, va costando, por ahí es un proceso que tendría que haber hecho hace rato, para desahogarme. No soy de hablar, no sé llorar, no soy de nada de todo eso. Y este encierro de cuarentena no ayuda, por el aislamiento de la gente.

El único lugar donde tendría sentido llorar es en la tumba de mi hija y en ningún lado más. Eso es por ahí lo que me está poniendo una bota en el pecho. Pero bueno, de a poco, o no sé en qué momento, va a pasar este proceso de sentimientos encontrados.

¿El encierro me ayudó? ¿Hasta qué punto me ayudó la cuarentena? Será en no tener que socializar con nadie, en cenas, en cumpleaños y encuentros familiares, porque siempre estuviste conmigo. Ya pasaron cinco meses y medio. Me ha pasado una secuencia: pensé que íbamos a hacer algo y fui a buscarte. No dije nada, para que los demás no se pusieran mal, siempre pensando en los demás, y eso está mal porque tengo que llorar o explotar de alguna manera; no logro llorar como quería, no logro hacerlo, me hace mal.

También sé que este encierro no le hace bien a nadie, porque no nos dejan salir y una tiene una vida muy activa en diferentes espacios... o la tenía. Ya ni sé qué tengo hoy en día, pero por lo menos puedo ir al río a despejar con el ruido del agua y esa tranquilidad que me trasmite. Pensar que estás ahí. Sé que todos me dicen que estás conmigo y sé que estás mejor donde quiera que estés.

Sé que todo me va a costar el doble, volver a salir y que me pregunten por vos o que me miren con cara de lástima o se me alejen, porque ya me ha pasado y en estos momentos no necesito que se alejen. Cuesta que manden un mensaje porque no saben cómo voy a reaccionar. Sé que al principio de tu pérdida he hablado mal y sí, estaba enojada con el mundo. Ya no es así, he pasado por muchas cosas en estos cinco meses y medio, también me he asombrado de mí misma, de cómo he reaccionado en diferentes ocasiones con gente que ha dicho cosas sobre lo que he pasado, que me dio qué pensar. ¿Lo harán inconscientemente o no saben cómo hablarme o tratarme? Sé que el proceso de cada una es diferente y que me está costando una banda.

¡¡¡Te extraño mucho, hija!!!

Te amo, Cochuly, y siempre te tengo presente en cada palabra o recuerdos, sé que me duele el alma y esta presión en el pecho.

PD: para Daniela Loreley Lemús, de tu madre, la Gordy, como me decías.

Maira Lemús

Nací en el Hospital Castex, partido de San Martín. Soy del barrio Libertador (Ciudad Jardín).
Mi barrio es hermoso y con vida. Lo que más me gusta es la Avenida Libertador, lo que necesite, siempre lo tiene. Lo que menos me gusta son los chicos perdidos en la droga, que son más con esta maldita peste.
Soy promotora del programa Construir Dignidad. El estudio lo dejé por ahora.
Mi gran sueño es poder terminar mi casa. El sueño de mis hermanes y mío también es tener un espacio para pibes y pibas que puedan tener todo tipo de talleres y abarcar diferentes problemáticas.

Lo que aprendí en mi vida es que todo lo que nos propusimos llega a su tiempo y no cuando en verdad queremos. ¡A tener mucha paciencia! El problema está en que vivimos a toda velocidad y no se sabe disfrutar.



(Re)nacimiento

Mi nombre es Mariana. Estudio y estoy en tercer año del CENS 455, este es el bachillerato para adultos.

Los meses de aislamiento me afectaron muchísimo, especialmente en el trabajo. Como soy peluquera a domicilio, casi me quedé sin empleo. Las clientas no pudieron pagarme más, porque a ellas también les faltaba el trabajo. Además, después, todas tenían miedo de ser contagiadas. Yo también empecé a tener miedo de contagiarme. Dicen que no hace nada, que es como una gripe. Pero algunos sí se mueren.

El problema del trabajo lo solucioné haciendo ventas de productos de peluquería. Ahora que algunas personas salen a trabajar, pueden pagar los productos, mucho no se animan a que vaya a sus casas, pero sí compran los productos.

En estos tiempos de aislamiento, aprovecho a disfrutar de mi nieto que nació hace menos de un mes, por suerte salió todo bien. No le pasó nada ni a él, ni a mi nuera. Otra cosa que aprovecho es a ponerme al día con el estudio.

En mi tiempo libre leo, me gusta la visita de mi hijo cuando viene.

Y trato de llevar la situación de la mejor manera, estando siempre en actividad, para no pensar en cosas que no hacen bien, ni ponerme paranoica con esto de la pandemia...

Positiva, mirando hacia adelante y disfrutando de este tiempo para reflexionar.

Mariana Edith Noriega

Nací en San Martín, vivo en barrio Libertador hace 2 años y medio, el barrio es poblado y no es muy tranquilo, me gusta que está todo cerca para poder comprar. Lo que no me gusta es ver cómo arruinan la vida de las personas con la venta para el consumo (las drogas). Soy peluquera y trabajo en una peluquería. Estudio para operadora sociocomunitaria.



Entre tranza y hospitales

¿Por qué será que pienso tanto? ¿Qué buscaré definir? No lo sé.

Quizás, intento que todos comprendan lo lindo que era vivir sin tantos lujos. Sin envidias, sin prejuicios.

Cuando era niña, en una pobreza casi extrema, reía, jugaba y veía pasar el tiempo con la familia, vecinos y amigos. Compartíamos mates y juegos hasta altas horas de la noche: escondidas, rayuela, payanas. Mate cocido, tortas fritas y a veces un pan duro con agua apenas saborizada con algún granito de azúcar. Pero mi niñez era sana, nada podía sacarnos la risa. Aun en las inundaciones, sabíamos de valores y de respeto por el otro. Sabíamos compartir desde un “buen día”, “gracias”, hasta un “hasta luego”.

¡Qué lindo era esperar a mamá con la casa limpia y el mate preparado, después de habernos matado peleando, jugando y haciendo travesuras! Éramos cómplices en ese juego, aunque siempre algún vecino “nos mandaba en cana”.

¡Nunca podré entender por qué todo cambió tanto! Con el dinero, la avaricia, se perdió el respeto, las caricias y ese amor por el otro que jugaba en nuestro patio... ¿hoy pasaste a ser chorro, soldadito o mercenario? ¿Olvidaste lo lindo que era tener códigos en el barrio?

Se llevaron varias vidas, por tan solo unas monedas. Se llevaron pibas vivas, las devolvieron muertas. Torturadas, humilladas, por cómo se vestían, por creer que eran libres. Les quitaron los sueños. Les arrancaron las alas. Arruinaron familias enteras, cuando mataron a Candela, Ángeles,

Araceli. O cuando mataron a Gusty, ¡si era nuestro amigo del barrio! ¿Por qué?, si habíamos compartido todo: calles, plazas, clubes y hasta nuestras casas.

Dicen que se llama “polvo blanco”, ¿quién mierda te dejó entrar a vos y a estos malditos tranzas? Eran tan buenos pibes, de este, nuestro barrio. Y ahora viven sin días ni horarios, por una bolsita blanca que te quema el cerebro, que te convierte poco a poco en una rata cobarde.

¿Por qué será que pienso tanto? Quizás porque ya no encuentro mi barrio. Solo veo esas esquinas llenas de juventud sin futuro, y a esas familias con cada vez, menos integrantes.

Extraño mi barrio pobre lleno de niños, abuelos, calles de tierra y árboles, porque llegaste vos, “parca maldita”, con tus sueños de corto plazo y nos hiciste pedazos. Y por tan solo una moneda, hoy algunos jóvenes entregan hasta a su madre. Convertidos en mercenarios, por la maldita droga, por un instante de felicidad ficticia, por falsa hombría, por no aguantar un “cobarde”, un “gallina” o “cagón”. Por querer demostrar “el honor”. Hoy, aunque estén con un fierro en una esquina, cualquier mina tiene más valor, cuando se planta y dice firme: “¡Con ustedes, no!”.

Silvia Bravo

Vivo en el barrio Lanzone. Tengo cuarenta y dos años y soy mamá de tres varones. Soy cooperativista y también trabajo por horas en varias casas. Llevo adelante, junto a mi familia, el merendero Un Día de Juego. Estudié en el Bachillerato Popular Cobijo Urbano y la diplomatura en Género de la UNSAM.

Lo que más me gusta de mi barrio es que los chicos juegan y los padres se miran como en mi niñez. Lo que menos me gusta del barrio son los peligros de la calle: la droga, las balas perdidas y las miradas para otro lado.

Mi sueño es darles a mis hijos un mejor lugar a donde puedan entrar y salir sin miedo, donde puedan dormir tranquilos, donde no se llenen de bronca, sino de esperanzas.



Palabras nuevas

“¡Me cambió el diccionario!”, dije, de repente. Todo esto era nuevo y seguía escuchando esas raras palabras nuevas en la televisión. El conductor habla de una noticia que a mí me dio risa: se llama “Coronavirus”. Pensé, ¿qué es, un vino?!, y seguía con lo mío. Después de mucho rato, otra palabra, “COVID”, que ataca a todo el mundo... dicen en las noticias que “ni a la abuela puedo ver”.

Las palabras son tan locas que me descolocan: COVID, cuarentena, barbijo, distancia social. Finalmente, y sin pedir permiso, se impusieron en nuestra cotidianidad. Pero yo sé que este bicho no puede ganar la batalla, porque estamos unidos, porque somos argentinos y porque ¡vos estás conmigo!

Salgo: días nublados, cielos grises, nariz fría, caras tristes. Voy caminando y veo la plaza vacía, calles sin gente, y tengo dudas: ¿la cuarentena los atrapó y no se animan?, ¿hay mucho miedo de contagiarse? Hoy, todos dicen que “hay que cuidarse”, que la distancia, que el tapabocas... la incertidumbre que se llevó toda alegría, puso dolor y nos robó risas porque este virus arrebató seres queridos que, con dolor, hoy se recuerdan.

Pasan los días, queda el silencio. Pero, cuando todo esto pase y recordemos, vamos a construir un mundo nuevo, en el que los valores estén primero.

22 de julio: cerca de las diez me estaba conectando. Por allá aparecieron el profesor Nico, Inés y otras chicas. Tenemos nuestra cita de escritura. Yo, que soy medio dura,

me costó un poco, pero lo logré a tiempo. La charla fue constructiva, cada una con su historia y su situación actual, que son todas iguales: los chicos con las tareas del Whatsapp, Internet que nunca llega. Y nuestro interés es compartir nuevas vivencias, que ninguna ciencia podrá resolver: angustias, melancolías y no poder salir.

Escribir, vernos virtualmente, escuchar nuestras voces ayuda... al menos, sé que están bien. Por eso, que la tristeza no nos gane en estos días, ¡vamos, viva la vida!

31 de julio: un día especial de antemano, yo sabía que, si estaba mi vieja, se habría acordado de la muerte de mi hermano...

Me estaba preparando para ir a trabajar, como todos los días. Cuando salí, vi una camioneta de esas que impresionan, pensé qué harían por ahí a esa hora. Había varias personas, me acerqué y les pregunté qué hacían. Muy amable, una joven me respondió: "Vinimos a traer ayuda". Y ahí, me saqué la duda. Ellos estaban esperando a que las personas retiraran las verduras (que yo ni siquiera sabía quién había mandado). Me despedí agradecida y me fui pensando cómo es el destino; tres jóvenes que no conozco, con un frío que te mata, no pusieron ni una traba y vinieron al barrio a ayudar a los vecinos.

Hoy somos todos iguales porque este virus está trastocando al mundo, sin distinción. Es por eso que vos y yo tenemos que cuidarnos para poder brindar alguna ayuda ya que, por más pequeña que sea, siempre hay alguien que la espera.

Y no tenemos que olvidarnos: disfrutemos los buenos tiempos, aprovechando cada segundo. No tienen precio aquel abrazo, ni todos los besos que hoy extrañamos, de todos aquellos que muchas veces ni nos fijamos o ignoramos. Hoy, ¡¿qué daría por abrazarlos?! Solo quiero volver a verlos para decirles cuánto los quiero.

Ana Margarita Garrido

Soy Ana Margarita Garrido, nací en San Miguel y vivo en el barrio La Carcova hace 54 años. Lo que me gusta es la solidaridad que se manifiesta en cada persona que habita este lugar, todos los que la necesitaron, contaron con una mano, un abrazo o un consuelo de algún vecino.

Soy mamá y abuela. Terminé mi secundario a los 54 años y me dedico a la venta comercial pero mi trabajo principal es el de mamá, y aunque no tengo sueldo, soy rica en abrazos, besos, caricias y reniegos. Mi sueño es la igualdad social, educativa y que todos podamos expresar nuestros logros.



Cambiando mis días

Mi nombre es Belén Papa. En estos meses de aislamiento aprendí muchas cosas buenas. Entre las que me hacen bien, elijo pasar tiempo con las plantas, cuidando las que ya tenía, y cultivando y viendo crecer otras nuevas.

Algunas me las regalaron mis vecinas. Otras las tomo “prestadas” (¡solo un gajito!). ¡Tengo buenas manos para el jardín!

Ya que no puedo trabajar, estoy muchas más horas con mi hija. Ahora, puedo estar con ella a tiempo completo.

Me puse las pilas con el cole, trato de no dejar nunca las tareas de lado y pienso que lo que aprendo, me puede ayudar para nuevos emprendimientos, ¡a futuro! Pienso que podré conseguir un mejor empleo y seguir estudiando.

La cuarentena tiene sus cosas positivas.

Belén Mationdario Papa

Vivo en Villa Ballester, en el barrio Tomás Guido. Voy a cumplir treinta años, casi el mismo tiempo que llevo en mi barrio. Lo que más me gusta es que conozco a todos los vecinos y charlamos mucho. No hay nada de mi barrio que no me guste, es tranquilo. Hasta el año pasado, yo estudiaba. Gracias a Dios, me recibí. Terminé la secundaria.

Ahora solo trabajo. Por suerte, desde hace siete años, hago trabajos de limpieza en una casa.

¿Un sueño? Poder darle lo mejor a mi hija. Seguir estudiando y ser veterinaria, que es lo que me gusta.



Mi barrio en cuarentena

Mi nombre es Daiana Ojeda, soy estudiante del CENS N° 455. El aislamiento, por un lado, me afectó por el tema del encierro. Debido al hecho de que yo soy una mujer con bastantes actividades diarias, que ahora ya no son posibles.

Pero por otro lado pude encontrarle algo bueno. Todos estos días pude pasar más y mejor tiempo con mis padres y mi hijo. Me gusta el momento del día cuando, tanto yo como mi hijo, hacemos las tareas, pasamos tiempo juntos y aprendemos el uno del otro.

Daiana Florencia Ojeda

Nací en San Martín, Villa Zagala. Soy de Barrio Libertador. Mi barrio dentro de todo es tranquilo en la parte donde yo vivo. Lo que más me gusta es que hay muchos comercios. Yo trabajo de auxiliar de escuela.

Mi proyecto de vida es abrir mi propia peluquería y que sea mi trabajo adicional. Así poder terminar mi casa.



¿Dónde están todos?

Me es extraño caminar estos lugares tan míos, sentir que algo pasó... ¿Dónde están todos? No sé cómo describirlo, la soledad, somos pocos, nos miramos con desconfianza, es para todos, nadie se escapa, estamos a merced de algo invisible y muy real, nos puede matar o solo pasar como un pequeño malestar, es así.

Quién diría que niños, adultos, ancianos, del siglo 21 estaríamos perdidos, indefensos, solo un tapabocas y un líquido serían lo más importante para permanecer relativamente protegidos. A esto que llaman la nueva normalidad, me resisto.

A veces salgo como si mi libertad fuera igual que siempre, pero ahora no es así, está restringida, me resisto, tengo más de media década de patear los lugares, a pesar de que todo cambió, porque el tiempo así lo designa, yo me resisto.

Me angustié la primera semana de aislamiento, salir para hacer las compras sola, por temor, mirar a izquierda o a derecha y ver que somos tan vulnerables y estamos sin defensas en este momento.

Hoy después de más de 4 meses no logro acostumbrarme a festejar cumpleaños limitados, el Día del Amigo sin sus abrazos, la memoria ahora me hace ver esos lugares muy distintos porque la quietud y el silencio hacen ruido. Se necesitan esos ruidos, esos juegos en las plazas repletas de gente con mate, con pelota, con vendedores, con pibes de todas las edades, esas ferias para comprar o solo una distracción; lloré a veces, extrañando y también porque la mente te lleva a lugares y a personas que ya no están o porque se fueron a otros lugares; los colores y olores tomaron otro sentido.

Los olores están de otra manera porque el vacío los combinó en lo desconocido, los ruidos distintos son más nítidos, una sirena ahora es más común. Los bomberos, la policía, todo se distingue, la moto molesta, los pájaros... son más agudos sus cantos. Bien, evidentemente estoy alerta, mi querida rutina cambió por este descanso forzado, a veces productivo, otras veces con dificultad, obligada a poner mi cabeza en algo. La tarea de la escuela está buena para las dos, pero en ocasiones es una disputa en la que hago poco o lo necesario, la cuestión es hacer, lo bueno también es estar. Creo que el humano nada tiene bajo control y que es tan limitado, tan débil y frágil para reconocer que solo no puede... bajar esos niveles de angustia, enojo y desborde, que ahora veo, no es fácil ir hasta la esquina o hasta la otra cuadra y no quedar pegada a cambios de ánimo.

Bueno, lo único que me gustaría es que cuando salgamos de esto tan anormal, también nos haya cambiado lo que antes era “normal”, para que sea diferente.

Inés Lorente Montserrat

Soy Inés Lorente Montserrat, tengo 56 años. Soy hija de papá europeo y de mamá argentina.

Lo que más me gusta de José León Suárez es su gente. No el barrio en sí, porque de las cosas más tradicionales que toqué, olí y sentí, ya casi no queda nada. Solo quedan algunos vecinos.

Estoy a unas cuadras de Carcova pero, cuando ando por la Biblioteca Popular La Carcova, me siento una más. Ahí, soy profe de cerámica y, también, colaboro con otros talleres. Me siento bien en ese lugar y la pandemia me hizo valorarlo, todavía más.

Aparte soy abuela a tiempo completo de mi nieta Ludmila.

Soy ama de casa, pero ahora estoy en contacto con las artesanías y me hace muy feliz.







RELATOS/ JÓVENES

Mi soledad en cuarentena

Escuché un sonido y se apagó la luz, tenía miedo sola en medio de la oscuridad en plena noche, de pronto vi un rayo que venía de la cocina, no sabía si ir o quedarme, pero al final fui. Al llegar allá, me sorprendí al verme tirada en el piso, no sabía qué ocurría, no recordaba mucho. Lo último que escuché fue una voz que me decía: “No creés que vivir conmigo es bueno?”.

No entendí por qué me decía eso o cómo yo estaba ahí. Dos horas más tarde iba a amanecer, así que me levanté y fui a mi habitación. Me sentí confundida, temblaba y tenía temor de lo que pasaría si recuperaba mis recuerdos y si descubría lo que había pasado. Sabía que no se trataba de nada bueno ya que al parecer yo estoy muerta, sola, sin mis padres, ya que a ellos nunca les importa. Al pensar en esto, cayeron mis lágrimas, me levanté y fui a buscar la única cosa que me podía ayudar. Salí, caminé hasta llegar a una casa abandonada. Ese lugar antes era el orfanato donde los vi por última vez, en donde todas las personas me peleaban, donde perdí la esperanza de ser feliz. No creí volver, pero aquí estoy buscando respuestas a tantas preguntas. Entré, subí a donde había ocultado algo, no recuerdo qué era, solo sabía que me ayudaría. Al encontrarlo, volví a donde estaba yo y abrí la caja, ahí había una carta.

“Si estás leyendo esto es que no recordás y puede ser que no conozcas la soledad que me invadió de tristeza y me acompañó hasta ahora. Y si lees esto, es que logré sacarle

mis recuerdos a mi alma, que se quedó atada a este mundo por el dolor que siento. La soledad me dijo que la siguiera, que así estaría en paz, claro que no le creí, pero igual la seguí porque ya no tenía nada que perder, nunca lo tuve. Si querés estar en paz, tenés que...”.

Ahí terminó la carta, al parecer no la logré terminar. Estaba triste, pensativa y enojada, pero de pronto escuché un ruido, me dirigí hacia él asustada. Cuando llegué, la vi tan cerca de mí.

–¿Qué hacés aquí?

–Jaja, veo que me recordaste.

–Claro, cómo olvidarte –estaba enojada.

–Sabía que era especial para vos, pero nunca creí que tanto.

–Por favor, no me hagas reír, no sos importante para mí, nunca confié en vos.

–¿No? ¿Entonces por qué me seguiste?

–Porque no tenía nada que perder y no quería seguir con vos.

Luego de eso se quedó en silencio, ella no tenía ni tuvo poder sobre mí. Luego de un rato me fui a la cama, me sentía tranquila así que me acosté. Ya no sentía tristeza, ni dolor. Me dormí tranquila, lástima que para obtener paz tuve que dar mi vida.

Keyla Pineda

Soy Keyla Milagros Soledad Pineda, nací el 15 de septiembre de 2005, tengo 15 años. Mis pasatiempos son leer y cantar, me gustan las papas fritas, lo que no me gusta son los aderezos y las ensaladas. Tengo seis hermanos. Vivo en Billinghamurst, San Martín, Buenos Aires hace 4 años. Estudio en la Técnica Galileo Galilei N°5, queda ubicada en Villa Ballester. Mi sueño es ser cantante de rock. Los géneros de música que me gustan son pop, trap, rock y cumbia.

Mi banda favorita era Damas Gratis, ahora no tengo una que me guste. Mis películas favoritas son “Amor de gata” y “Una voz silenciosa”. Mis series favoritas son Naruto y One Piece.



Reviví un sentimiento

A finales de 2018, con 15 años, comencé a ver mucho más presente en las redes sociales la apreciación de la belleza afro. Comenzó a interesarme, ya que mi piel es más oscura que la de las personas a mi alrededor. Mi infancia y mi adolescencia fueron marcadas por personas que me juzgaban y discriminaban por ser de piel oscura. E incluso me llegué a odiar por mi color de piel.

Seguí mirando fotos sobre esa belleza afro, mucho tiempo, un año y medio más o menos me llevó a tomar la decisión de seguir profundizando en el tema de la cultura afro. Y me pregunté por qué nos discriminan por tener más melanina.

Sobre todo, comencé a investigar más cuando comenzó la pandemia, incluso no me molestó no ir más a la escuela y quedarme en casa, ya que soy muy hogareña. Descubrí que comparto muchas similitudes con esta cultura. Y comencé a hacerme preguntas como: “¿Quiénes fueron estas personas que se organizaron para reclamar sus derechos? ¿Quién fue el primer artista o el primero en conseguir un trabajo, sin que lo discriminen?”. Las diferencias por el color de piel existen desde hace mucho tiempo. Y más si es oscura.

Llegué a reconocer la existencia de muchos líderes afro y mestizos revolucionarios. Incluso me pregunté: “¿De dónde vengo, cuáles son mis raíces?”. Y aunque no tuve suerte con mi árbol genealógico, pude nutrirme de historia sobre revolucionarios que lucharon por sus derechos e igualdad como seres humanos, que eran tan marginados, que los trataban peor que a los animales.

Gracias a toda esta información que obtuve, hoy estoy más que segura de que a mí nadie me va a rebajar nunca más por ser de piel oscura, o “diferente” en general. Ya que sé lo que se siente el rechazo por ser “distinto” o estar fuera de lo que se impone como “bueno”, “normal” o “común”, y no hay que hacer sentir de esa forma a nadie.

De tantas preguntas que me surgieron (y surgen) al querer saber más sobre este tema, me pregunté alguna vez cómo sería si alguien me pregunta por qué me sumo a esta lucha. (Digo esta lucha, porque todavía sigue habiendo discriminación por el color de piel e incluso denigración por todo lo diferente). Siempre pensé que mi respuesta sería seca, porque esta discriminación marcó mi infancia y adolescencia, me afectó bastante. Pero sentí que ya estaba preparada, que estaba superado eso que me había afectado y marcado tanto.

Hoy es 10 de septiembre de 2020. Es la cuarta vez que salgo durante esta cuarentena, salí contenta al encuentro literario. Mientras escuchaba atentamente cómo hablaba mi mamá con la profe Rayito (es la que está a cargo del encuentro) sobre ideas realmente hermosas que tienen que ver directamente con el futuro de los chicos del barrio en el que vivo, y qué hacer para ayudarlos a pensar que hay un futuro, que es posible el ingreso a la universidad, y no como la mayoría de los pibes de acá que no conocen, no están en ese entorno o ni siquiera saben que son capaces de ingresar a la universidad. En fin, cosas demasiado interesantes.

La profe me miró y me dijo: “Vos, Sol, ¿estás en el último año? ¿Qué tenés ganas de estudiar? ¿Te imaginás caminando por el campus de la UNSAM?”. Y yo le respondí: “Yo quiero ser artista musical, voy a ir al conservatorio. Quise ir este año, pero está cerrado por la pandemia. Y además quiero estudiar Letras para poder escribir lo que canto. También me gusta mucho leer”.

Ella me miró y me dijo: “Eso es hermoso, que te guste leer, además de que podés escribir novelas, poesías, cuentos, canciones para vos y para otros, que canten todos”.

Luego ella siguió hablando con mi mamá sobre militancia, hasta que la profe volvió con el tema de la universidad y los intercambios con otras universidades. Le pregunté si podía ir a Sudáfrica y ella me respondió que se puede ir a todos los países con los que la universidad tiene un contrato, algo así. Pero sí me contó que sus compañeras de trabajo viajaron a Kenia, como antropólogas, y me dieron más ganas de estudiar. También contó que, para hacer esos viajes, había que aprovechar a aprender inglés en los cursos que te dan en la universidad y estar lista para viajar de intercambio.

Pero cuando me preguntó por el interés en Sudáfrica, yo no sabía qué decir, me vino una angustia de golpe, hasta que comencé a sentir ese temblor que me da cuando voy a estallar en llanto y dije: “Me gusta mucho, pero me angustia hablar de esto”. Ella me miró y me dijo: “Está muy bien, que toda esa emoción salga y así podés compartirla con nosotras. Si querés, acá estamos para vos”. Entonces estallé en llanto, porque reviví el sentimiento que llevaba hacía mucho tiempo escondido dentro de mí.

María Sol Santillán

Me llamo María Sol Santillán, tengo 18 años.
Nací en el partido de San Martín, soy de y me crié en el Barrio Villa

Hidalgo.

Estoy finalizando el
secundario.

Mi sueño y meta es
ser artista musical.

Principalmente,
cantante.



Un héroe del barrio Independencia

En esta pandemia descubrimos muchos héroes y heroínas ocultos, pero no todos son reconocidos.

En estos tiempos se hace más difícil lograr llevar un plato de comida a la mesa, por no poder salir a trabajar, por estar desempleado, pero hay personas que quieren que eso en su barrio cambie.

Uno de esos héroes es Augusto Evar Gómez, un vecino que realiza una olla popular en el barrio Independencia. Él es entrenador de fútbol de niños, en el Club Malvinas Argentinas.

Le hice unas preguntas sobre su comedor y esto respondió:

–¿Cuándo comenzaste la olla popular?

–La olla la comencé en marzo, al principio de la pandemia.

–¿Cómo conseguís los alimentos necesarios para la olla?

–Desarrollo Social de la Municipalidad de San Martín me ayuda con los pollos y la carne. Me ayudan también las donaciones de vecinos y de gente que se enteró por comentarios.

–¿Quiénes te ayudan a realizar la olla?

–Me ayudan compañeros del club, mi esposa, mi hija y algunos conocidos.

–¿Cómo se organizan para las entregas de viandas?

–En fila con la correspondiente distancia social, con su táper, su barbijo y el alcohol en gel.

–¿Cuántas familias van a buscar aproximadamente las viandas y alrededor de cuántas porciones reparten?

–Estamos repartiendo por día 160 porciones los lunes y jueves, aproximadamente son entre 50 y 70 personas las que buscan las viandas.

-¿Van siempre las mismas familias?

-No, a veces va gente nueva y si no, viene la gente de siempre, la que viene desde que comenzamos la olla y ahora se sumó gente nueva.

-¿Aceptás ayuda?

-Sí, de todo tipo, ropa, mercadería, y mientras hacemos la olla, lo entregamos.

-¿Cómo te sentís cuando entregas las viandas?

-Orgullosa por ayudar a las personas que no tienen, yo en este momento tengo para comer y me da bronca que la gente que viene al club a buscar su vianda no tenga.

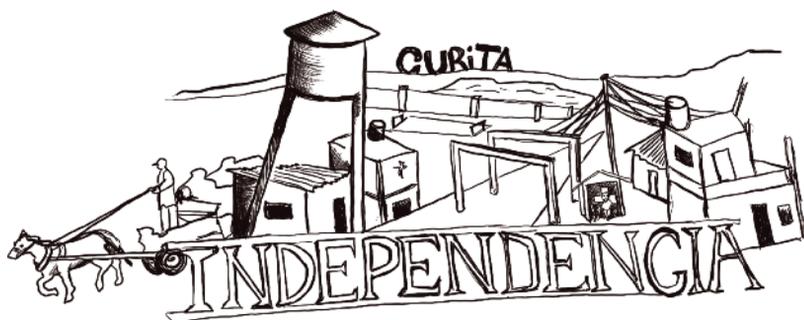
Gracias, Evar, por compartirnos tu historia y ojalá que la olla siga, siempre que la gente lo necesite.

Dios quiera que llegue la vacuna, así podemos volver a nuestras vidas normales.

Irina Galeano

Hola, soy Irina Galeano, vivo en el barrio Independencia, soy estudiante de 3º año en la Escuela Secundaria Técnica UNSAM.

Me gusta mucho cantar y también escribir (historias, partes de series o películas que me gustan e inventar alguna historia), también me gusta mucho leer (novelas juveniles, cuentos).



Mi yo en pandemia

Cambió todo, pero a la vez nada, por lo menos para mí. Mi casa sigue igual, puede que ahora vea más seguido a mi familia, pero todo está igual que antes de la pandemia. En la zona donde vivo solo cambió que la mayoría de las personas cuando salen llevan barbijo, sigue habiendo inseguridad, puede que más que en el pasado, pero ya es costumbre escuchar las quejas de los vecinos diciendo que les entraron a robar.

Miento si digo que me imaginé cómo sería cuando todo pase, también si digo que no. Es una mezcla rara: hasta el jueves 6 pensaba que, puede sonar antisocial, no me interesaba estar en el colegio o no ver personalmente a mis amigas. Todo cambió porque ese día tuvimos un Zoom en el que nuestro director nos preguntó cuál era nuestra aula, al principio estoy segura de que todos pensamos *por qué nos preguntaba eso*, sin saber que a los minutos estaríamos llorando. Él se levantó y comenzó a dirigirse a nuestra aula, las primeras lágrimas se asomaban, después bajó y nos mostró el patio, hasta que se detuvo y tocó el timbre; en ese segundo comprendí cuánto me hubiera gustado estar ahí e ir subiendo las escaleras hasta mi aula, riendo con mis amigas.

Puede sonar muy cliché, pero juro que hasta que no escuché ese timbre sonar no había caído en la cuenta de la realidad. Ese colegio fue mi segundo hogar y lo sigue siendo, tantas cosas que pasé, tantas personas que conocí. En ese momento ya no escuché del mismo modo los “te ex-

traño” de mis amigas, los escuchaba diferente, siempre sentía que era por costumbre, pero me di cuenta de que lo sentían de verdad y la única que lo escuchaba diferente era yo, porque no creía que fuera para tanto, ya que hacíamos llamadas una vez a la semana como mínimo. Siempre me sentía confiada respecto a ese tema, pensaba que cuando acabara la pandemia todo iba a volver a la normalidad, pero nunca se sabe con certeza si el día de mañana uno de nosotros puede estar con COVID y morir. Ahí fue cuando sentí la necesidad de abrazarlas y volver al año pasado. Puede que no lo demuestre, pero son de las mejores personas que hay en este mundo, las extraño.

Bueno, parece que mi relato se trata de ellas, pero es porque mis amigas y ese timbre me hicieron dar cuenta de la realidad, estoy hace más de 5 meses encerrada, no me quejo, porque no creo que me haya afectado tanto y, sinceramente, soy una chica que prefiere quedarse en su cama con su celular antes que ir al cine o al parque.

Mi vida la paso en mi cuarto la mayor parte del tiempo, en el celular o la computadora haciendo trabajos y lo disfruto, porque me gusta estudiar, me va bien en el colegio, hasta soy un poco presumida sobre ese tema. Por ese lado no me afecta, después no tengo nada más que decir, un día por medio hago ejercicio con mis amigas, porque tenemos la idea de volver a clases en buenas condiciones físicas.

Con respecto al barrio, es realmente decepcionante y genera enojo ver a personas a las que no les importa nada de lo que está pasando, cuando hay quienes en este mismo momento que están leyendo esto, estarían compartiendo y tomando de la misma cerveza, mate, vaso, etc. Digo, si no te importa tu salud, nadie puede decir nada, pero al estar expuesto al coronavirus y contagiarte, estás contagiando y arriesgando la vida del cuerpo médico, a que se contagien por estar cuidándote. Y aunque sea su trabajo, hay que tener respeto hacia ellos, porque por lo menos vos posiblemente no estás más de diez horas con un traje, de tres barbijos y de una mascarilla todos los días atendiendo a

personas que no cuidaron de su salud y arriesgando la vida.

–¿Qué está pasando con el medioambiente? ¿Hay nuevos problemas con el agua, el aire y/o la basura?

–Siempre hay problemas con respecto al medioambiente, cada día se empeora, supuestamente los meses que se suponía que tenía que hacer frío yo los pasé en remera, hace unos años los pasaba con tres buzos y dos pantalones. Con el coronavirus se sumaron más problemas, los barbijos, las mascarillas y los trajes descartables van a parar al océano, todo va a parar ahí. Cada día estamos destruyendo más y más al planeta Tierra, es de público conocimiento.

–¿Cómo se arreglan los comedores, las organizaciones, los clubes, las escuelas, las cooperativas de trabajo?

–La verdad, no tengo mucho conocimiento sobre ello, lo único que podría decir es que los comedores están en su peor momento, ya que hay personas que se quedaron sin trabajo; por lo tanto, sin recursos para conseguir comida y los comedores son su sustento de alimentación, entonces se están desmoronando. Ya de por sí estaban complicados, ahora peor, no tienen los suficientes recursos como para darles comida a todos los que van en busca. Muchas personas se quedan con hambre porque “llegaron tarde” y alguien más se llevó la última porción.

–¿Cómo observás el barrio, más seguro o inseguro? ¿El barrio es más o menos violento? ¿Considerás que los medios de comunicación transmiten información violenta?

–El barrio está más inseguro que antes porque cada semana se escucha por lo menos a un vecino que le entraron a robar o un tiroteo. Los medios de comunicación informan gran parte de estos problemas, las veces que vi la tele pasaban noticias sobre los problemas de las localidades más vulnerables o con mayor inseguridad, no digo que transmitan información violenta, solo la realidad y si el día a día es violento, entonces sí, aunque puede que censuren esas partes por sensibilidad al público.

Ariana Rebaza

Mi nombre es Ariana Rebaza y tengo catorce años. Nací en Argentina.

Vivo con mi familia en José León Suárez. Estoy en tercer año de la escuela secundaria. Me gusta leer libros y ver series. Me interesa bailar, pero mi gran pasión son las matemáticas. En mi tiempo libre hago mis tareas del colegio y escucho música. Mis materias favoritas son Matemática e Historia y no me gusta la Educación Física. Normalmente duermo por la tarde, pero me despierto porque tengo inglés dos veces por semana a las 7 p. m. en punto. A veces leo tres capítulos de *Hecha de estrellas*, ¡es un libro increíble!



Cuarentena emocional

Me noto más reflexiva por el hecho de estar tanto encerrada, no dediqué tiempo a nadie más que a mí, entonces logré concentrarme más y pude trabajar mejor. En el ámbito hogareño, el impacto tiene un efecto más notorio y positivo, porque la convivencia trajo consigo la unión y confianza en mi familia. En cambio, en el barrio se extraña el movimiento, el ir y venir de la gente, que trae el ruido de lo que es la vida diaria, hablando en masas: ahora la calle grita silencio, eso es aterrador. El silencio habla, tiene mucho por decir, porque cuando uno está en silencio es porque está ocupado, concentrado en tal cosa. Y el silencio tiene mucho por ser escuchado, aunque hay que saber escuchar. Hasta hace seis meses la voz del silencio era opacada por el ruido de una vida inquieta, pero ahora el mundo se detuvo, consecuencia que *a posteriori* se pueda oír cómo giran los “engranajes” que lo mueven.

Hago referencia al mundo como un sistema mecánico, donde todos somos parte de él, encajamos perfectamente en otro subsistema en el que cada uno es una pieza que lo hace funcionar. Y quien saque mejor provecho de esto, podrá hacer grandes cosas, para bien o para mal, ya que el poder está en la mente.

Si el mundo se detuvo, quiere decir que sufrió un cambio, está funcionando de manera distinta a lo acostumbrado. De cierta manera, esto nos dio el golpe de gracia para que dejemos de ser tan desagradecidos con lo que tenemos, dado que en otros lados la realidad es realmente distinta, es cruda. Al menos ahora el derecho a la libertad es extra-

ñado y ojalá no sea olvidado. Pero supongo que eso depara el futuro, en cuanto nos den un poco de libertad, será abusada, e inclusive cuando se tome nuevamente como normalidad, la libertad me temo que será despropiada de la importancia que debería de poseer. Cómo un pensamiento puede ser pensado, puede ser reemplazado por otro. Porque el cambio es propio del ser.

Tanto es así que, como quiero, odio. Y como odio, extraño. Amar, odiar, extrañar... sentir.

Si me siento, no siento. Si siento, asiento y entiendo que sentir es parte de vivir. Tan común es sentir, pero tan complejo es lo que implica. En vida, unos mueren por conflictos y odio. En muerte, se penan por no haber vivido amando. Se puede llorar por amor, se puede llorar por odio. Sin embargo, el dolor que más se apega a nosotros es el de extrañar. Dolor que convierte en blando hasta al más duro, que aumenta su gravedad al recordar que mamá era quien te consentía cuando todo podía salir mal.

Me siento náufraga de un mar de arena cuyas olas no merman, el tiempo no da tregua y cada segundo son veinte mil leguas hacia un horizonte que no avista un final. El truco es tener paciencia, estar en paz, tomar conciencia de que en cuanto pierda lo primero o lo segundo, lo único seguro es que el reloj dictaminará la eternidad.

Cordura o locura, una guerra que no cesa, templanza o inquietud una balanza que está tiesa, no puedo hacerme acorde al mundo porque me rompo la cabeza a falta de una pieza. La razón no razona si en su zona nace la duda, la duda se enamora de la moral indefinida, la medida del bien y el mal ya no es precisa, y la mente es presa de prisa de una razón que es indecisa, y el corazón es un velero perdido en las Bermudas.

Mi silueta cobra vida solo bajo la luz de la luna, donde a solas aúlla tu nombre entonando tu sinfonía, porque donde hay soles, le duelen las entrañas de tanto extrañar tu compañía.

Ya son seis meses y me estremece, si la cuna de mi alma no se mece. Y ahora trota vagabunda buscando alguna luz

diurna que le dé tranquilidad. Hace poemas con las zetas que relata entre sueños, donde ahí se afirma dueña de los mares que surca en su fragata, que grita a contra viento “libertad”.

Yo juro no cambiar sabiendo que el cambio es inevitable, hace frío y arde la ciudad. Solo sé que, si me gana la ansiedad por verte, voy a ser la única culpable.

Cómo esperan que estando quieta no me inquiete, si quien en verdad es afortunado es aquel que mejor su tiempo invierte. Saber valorar es cuidar a quienes te quieren. El dólar es solo un papel que no puede comprar cómo te sentís.

Extraño hacer, extraño gente, extraño ser. No extraño querer, más bien extraño quererme. Porque si me faltan todos alguna vez, seré yo a quien tenga.

Detenerme, pensar, atenderme y entenderme. Debatir entre quedarme o irme. Empezar en conocerme para aprender a amarme. Perderme para encontrarme después de romperme. Encontrarte para curarme. Armarme de valentía para protegerte. Tejer problemas para desenredarme. Solo vuelvo a nacer si mi verso puedo cantarte.

Cosa que impide la distancia, cuya instancia me tiene harta, parto del principio de hacer del dicho un hecho y hago un nicho en el techo si a consecuencia del hecho de lo dicho no doy pecho.

Cambie el tiempo o el espacio, mi ser no da lugar a un cambio pese al tiempo que pase. No uso de suelo el cielo puesto que, de un paso en falso, una caída sin fin es lo que viene al caso.

Lo bueno y lo malo se complementan, el humano es la mano que rompe con el equilibrio, establece cumplir lo bueno a costa de hacer algo malo, dejando de lado la moral, aquella que dividía ambas partes que ahora se contrarrestan. Da como resultado que el humano es el ser más inhumano del planeta.

Sol Álvarez

Mi nombre es María Sol Álvarez Persoglia, nací el 11 de marzo de 2003 en San Isidro. Tengo 18 años y durante toda mi infancia residí en José León Suárez.

Cuando pienso en José León Suárez se siente como volver a casa, aunque sea sensorialmente, me trae esa esencia de tranquilidad, calor hogareño y seguridad. En el año 2020 me mudé a Monte Grande por problemas con el alquiler, desde que tomé conciencia de cómo funcionan, odio ver contratos relacionados a casas y boletas de cualquier tipo, las odio mucho más que la sopa.

El cambio de residencia fue un golpe drástico. En la actualidad estoy estudiando el último año del secundario en el colegio San Antonio de Padua en José León Suárez. Planeo estudiar Psicología, porque algo que me gustaría hacer en el futuro es poder ayudar a las personas que se encuentren transitando situaciones difíciles. Para que no se sientan abandonadas, quiero poder ser el apoyo que alguna vez me hizo falta.



La vida es una rueda, hay que rodar con ella

Observando a la lejanía, viendo desde adentro todo pasar. Las calles antes abarrotadas, que hoy solitarias están. Circunstancias que ameritan medidas drásticas.

El pasado se percibe lejano, una rareza que nunca se logró imaginar, no creemos posible tal realidad. Mundo aparte de la verdad, propia de cada cual, de la que no vemos más allá.

Cada lugar presenta su dificultad, hay hambre, no hay cobijo y no se puede descansar. En vela permanente se llega a estar, la preocupación que no se desvanece jamás.

Cuidados no han de faltar, tratar de mantener la calma para no alarmar. En los pequeños la confusión está presente, no se logra comprender por completo esta realidad.

Hay más añoranza a los momentos vividos y que hoy no pueden llegar a ser. Cosas planeadas que están a la espera. Toma más valor aquello que deseamos hacer, lugares a los que ir, personas con quienes estar.

Recuerdos que te hacen pensar, viejas canciones de la infancia que te llevan al pasado, esos juegos que creímos olvidar. Charlas, risas y lágrimas están a través de la pantalla.

Esas situaciones que ya no sucederán, pero oportunidades muy buenas que logran llegar. Poder elegir eso que te hace feliz y que, por miedo a fallar, se dejó de lado.

Tiempo para pensar y valorar. Lo que se tuvo y se fue, algo mayor que no se puede controlar y queda contemplar. Ayudar y entregar.

Estudios para los jóvenes que seguirán en el mañana, un futuro que no acabará. La adversidad que la situación muestra, esa que nos hace ver la realidad. Aquello que ayer se ignoraba, hoy se contempla con claridad.

Nadie se salva solo. La creatividad sale, la repostería está en pleno apogeo. Lo que antes no hacíamos por no tener tiempo, ahora se puede hacer por estar a la espera.

Pero, aun así, hay quienes se arriesgan día a día al salir a trabajar, por ser alguien esencial. Se teme por cada uno de ellos. Hay que tener conciencia, se tiene que respetar cada opinión y postura, pero a nadie hay que arriesgar.

Aun a pesar de todo, esta situación sirve de enseñanza para valorar lo que teníamos, a los que están cerca, familia y amigos, con quienes se puede hablar, aquellos que te escucharán sin pensar y los cuales te apoyarán sin dudar.

Estudios y trabajos pendientes, grandes magnitudes de deber, hacer y pensar para seguir. Vivir más allá. Reír, llamar y charlar. A la distancia, pero con personas con las que podés contar. Anécdotas que recordar, risas que se suelen soltar. Un pequeño rayo de luz entre la penumbra de la oscuridad. Cosas que alegran cada vez más a pesar de la adversidad.

¿Podemos tener una postura objetiva sobre lo que está aconteciendo? ¿Tenemos que llegar a tal punto para ser conscientes de la realidad? Es triste darse cuenta de que debe suceder algo que está fuera de nuestro control para poder sacarnos la venda que impide ver la cruda verdad. Personas en las calles que pasan hambre y frío, comedores que no dan abasto por la cantidad de gente que necesita alimentos.

Cruel y dura, pero verdadera realidad. No vemos por fuera de nuestras necesidades, lo que está bien en cierta parte, pero aun así hay que ver más allá de uno mismo cuando alguien más necesita una mano.

Así es como funciona el mundo. Nunca termina, hasta el final y luego todo vuelve a empezar.

Melina Cuella

Nací en San Martín, vivo en Billinghamurst desde que nací. Mi barrio es un lugar tranquilo, normal, me gusta la cercanía de todo y los lugares que tienen mucha historia; lo único que no me gusta es que es algo ruidoso.

Actualmente estudio el profesorado de Lengua y Literatura. Mi sueño es poder escribir y que pueda llegar a la gente, es algo en lo que estoy trabajando mucho y lleva su tiempo, pero espero poder realizarlo. Comencé a escribir a los 13 años. Siempre me gustó todo lo relacionado con la lectura y escritura.



Mi barrio en cuarentena

Primera noche. Ruidos, música al palo proveniente del galpón de acá a la vuelta, el mismo de todos los fines. Se escuchaban gritos, golpes, personas festejando, con alcohol y otras sustancias encima, con poca conciencia de lo que estaba pasando.

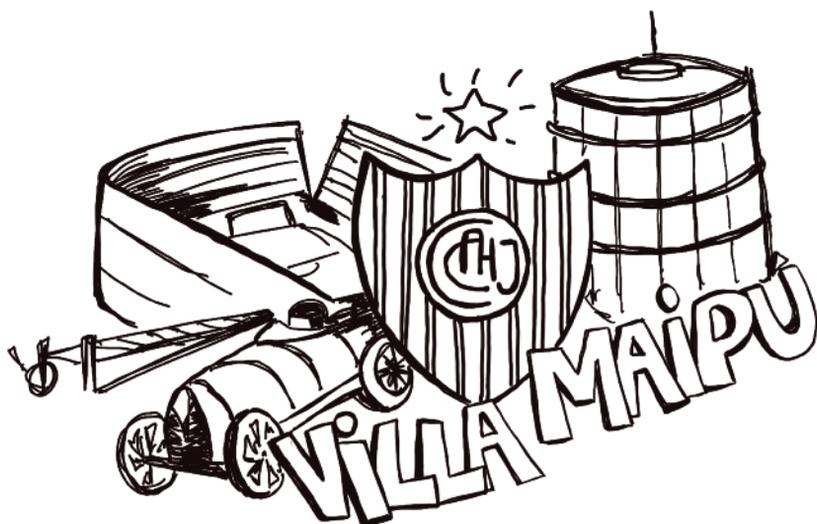
Me acuerdo de estar parada frente a la tele escuchando al presidente. Atenta, esperando al anuncio del alargue de la cuarentena. Estaba feliz, porque claro, ¿a qué estudiante le gusta estar encerrado 6 horas todos los días entre cuatro paredes? El no tener que ir a clases me fascinaba. Solo tenía que hacer los trabajos y manejaba mis tiempos, pero claramente no lograba ver más allá de eso. Fue egoísta. No pensaba que esto podría perjudicar a mucha gente. No solo afectaba a los colegios y estudiantes, también a millones de personas que no podían salir a trabajar, por lo tanto, no podían comer. También fui muy ilusa al pensar que todo esto iba a terminar en unas semanas, por eso me preocupaba poco.

Realmente acá nunca se sintió la cuarentena. Padres que salían con sus hijos sin barbijo, chicos (ya no tan chicos) que se juntaban todas las tardes en la esquina y compartían una cerveza, tomando todos del mismo pico. De noche parecía que hacían reuniones de juegos. “¿Y la policía dónde andaba?”, me preguntaba siempre. Pasaban patrullas todos los días ya que a dos cuadras está la comisaría, pero nunca se detenían. Las veces que se detuvieron fueron contadas y solo fueron amenazas: “Si vuelven a salir, los llevamos detenidos”.

Mis días se dieron vuelta. De noche me la pasaba despierta, de día dormía. Pero es que las cosas más interesantes pasaban de noche. Hasta ahora, se escucharon tres tiroteos. Cada vez salí corriendo hacia la terraza, en pijama con 5 grados, tratando de treparme a cualquier cosa para poder lograr ver algo. Arriesgándome también podría decirse, pero me guiaba por el ruido de las balas. No era en mi cuadra, por eso no veía peligroso asomarme. Acá sí puedo destacar la eficiencia de la policía, en minutos se veían las patrullas viniendo al rescate. También presencié un robo y cómo hacían justicia por mano propia mis vecinos. Ese día sentí una empatía enorme por el delincuente. Estaba enojada y confundida conmigo misma, ¿por qué me daba pena? ¿Se lo merecía? Las tragedias esta cuarentena no faltaron, mi vecino de la esquina hace un mes lastimosamente perdió todo en un incendio provocado por un cortocircuito, pero entre todos hicimos una colecta y pudo recuperar gran parte, por suerte.

Araceli Gammarra

Soy Araceli Gammarra, estudiante de la Escuela N° 45, vivo en el barrio de Villa Maipú. Me gusta mucho escribir.



Todo cambio transforma

Escribir de algún modo es decir “acá estoy” y saber que quizás haya alguien que lea del otro lado muy subjetivamente. Sin embargo, se trata más bien de que pueda fluir la expresión y en todo caso de destacar los aciertos narrativos, felicitar, abrazar, como decir: “Yo te leo”.

A mayor aislamiento, crece la necesidad de conexión tecnológica. Se corta Internet. De nuevo se corta. Nunca se cortaba. Ahora se corta. Como todo lo que te importa, cortado en dos en este encierro, que sabés necesario. Si tuvieras culpa, quizás podrías sentirla ahora que te quejás, cuando en verdad no te falta nada, a vos, que repudiás a los ingratos, mirás todo el tiempo el famoso ícono de la computadora para verificar la conexión. Va y viene, como tu angustia.

Los hábitos cambian con la pandemia, estornudo ciento cincuenta y ocho veces por día y soy una sana portadora de alcohol en gel adonde vaya, me paso por las manos a cada momento como si fuesen un picaporte al cual pulir/abrillantar. Pero en el fundamental asunto de dejar libre mi cara, no he podido lograr demasiado: mi rostro tiene más dedos marcados que una pantalla táctil de un cajero automático, es como si constantemente necesitara hacer una consulta de cuánto saldo de vida me queda.

La función de la creatividad, en mi caso, estaba asociada al placer personal, por eso no sabía qué hacer conmigo, ante un desmoronamiento como este. Pero ahora podría redefinirla y sintetizar la experiencia como alguien que participó de un concurso y esperó su devolución.

Personalmente siento que esta cuarentena obligatoria generó –impuso– un antes y un después en mí, en mis opiniones, decisiones, observaciones. Antes de todo esto, yo solía llevar una vida con un día a día muy ocupado, iba de un lado al otro con descansos mínimos y casi nulos, lo que no me dejaba mucho tiempo para pensar y debatir conmigo misma esto de si hacia las cosas bien o como realmente me gustaría.

El primer requisito para salir a la calle, el uso de los tapabocas o barbijos, se volvió completamente indispensable y llevarlos con mis lentes no es tarea fácil. Los métodos de aprendizaje también cambiaron para todos los estudiantes y en mi opinión, su llegada inesperada alteró las emociones inimaginablemente. Así, de improviso y a causa de la pandemia, tuvimos que probar por primera vez la aventura –y nuevo hábito– de las clases *online*. Esta modalidad se transformó en la medida más efectiva para proteger la salud de todos.

Extrañar se volvió una sensación recurrente en lo que llevo de encierro, recordar momentos del pasado en los que la situación era claramente diferente. Todos aquellos abrazos, risas, reuniones familiares que nos estamos perdiendo es lo único en que se puede pensar. Y, sobre todo, se echan de menos aquellos lugares físicos en donde podía sentirme plena, como lo era el club donde practicaba acrobacia aérea, y –acá entre nosotros– ese lugar que consideraba en muchos momentos mi espacio en el universo, mi cable a tierra, aunque es muy irónico, ¿no?, que mi punto de arraigo sea estar suspendida en el aire, viendo el cosmos de cabeza. Pero esos segundos eran donde todo se arreglaba, los problemas no existían, solo ese trozo de tela y yo, sin importar nada, era ahí, mi arte, una expresión neta de mi amor al riesgo y a la adrenalina y es por ello que, si me preguntan sobre extrañar, esas son las cosas que recorren mis pensamientos.

Sin embargo, dándole un poco de crédito a esta situación, no todas son negativas, sino que también me enseñó cosas positivas, como que la presencia no es lo principal si se trata de amar y acompañar a los seres queridos, a valorar

que no todo es siempre igual, que el mundo también se arma y se desarma y no siempre el cambio es malo. Los momentos de ocio me ayudaron a ver que muchas cosas las hacía con poca frecuencia y simplemente me hacían muy bien, como lo es cocinar cosas dulces y créanme que muy ricas. Que los abrazos de mamá me rearman y me salvan de cualquier angustia, al igual que los chistes de papá me sacan hasta del peor mal humor. Y que mi hermano siempre va a ser a quien recurra por ayuda en todos los asuntos, sin embargo, en este tiempo, se volvió mi mejor profesor particular.

Mi idea no era terminar mi texto de una manera triste, pero si hay algo que realmente me preocupa es la situación de inseguridad que estamos transitando y cómo nuestro entorno se destruye, me gustaría decir lentamente pero no es el caso, sino que va de manera muy acelerada y el freno de mano lo debemos poner nosotros cuidándolo. El vertiginoso ritmo de deterioro del medioambiente, entendido este como todo aquello con lo que, de uno u otro modo, nos relacionamos, exige una profunda revisión de nuestras prioridades, dado que ese futuro catastrófico augurado hace no tanto tiempo es un apremiante presente que no podemos eludir, y del que no hay dónde esconderse; la opción es cambiar o equivocarnos por última vez.

Toda esta problemática ambiental resulta de las acciones u omisiones de los hombres y exige un profundo replanteo ético de las decisiones cotidianas, a todos los niveles, desde el estado o la gran empresa, hasta lo estrictamente personal. La conciencia de la responsabilidad ambiental, que nos compete a todos, debe comprometernos a reflexionar sobre cómo (y en qué sentido) estamos contribuyendo con la situación ambiental. Es imprescindible la participación y el compromiso personal, evaluar el impacto de las iniciativas individuales de todos sobre el planeta y buscar mejorar activamente el espacio que habitamos.

Antes del aislamiento la vida social era agitada, y estoy segura de que las veces que se pararon a discutir sobre el

ecosistema son casi nulas, por lo que frenar la rutina nos da tiempo de mirar más allá y reflexionar sobre la importancia de nuestro papel en el cuidado de nuestro entorno. Lo que estamos haciendo en los bosques de la Tierra es un espejo de lo que nos hacemos a nosotros mismos y a los otros. Al igual que nunca sabremos el valor del agua, hasta que el pozo esté seco. Todo empieza con el movimiento, con un gesto, no basta saber lo que ocurre, sino que es necesario observar, razonar y actuar.

Kiara Maidana

Soy Kiara Maidana, nací el 6 de diciembre de 2003 en Capital Federal, soy escritora del texto "Todo cambio transforma" durante el año 2020. Soy estudiante de Psicología.

Tengo la convicción o certeza de que a través de la escritura se puede expresar y transmitir diversas emociones, y apelar a que un público lector se sienta más o menos cercano a esas realidades y que pueda identificarse con ellas -verse como en un espejo-.



Punto final

El fin que nunca llega: “POSPONER”, “POSPUESTO”, “SE POSPUSO”, “SE ALARGÓ”, “NO TERMINA MÁS”. Los sentimientos van y vienen, una mezcla inexplicable que anda boyando de paleta a paleta en un partido de ping-pong, pareciera el más largo de la historia.

Te levantás, inicia el día, la semana, la hora, el despertar de la alarma, una clase, hasta una vida. Rutina rutinaria que se repite insaciablemente, quiere más y más rutina, impresionante el narcisismo que la identifica.

Te dormís, el fin, los pensamientos tratan. Está difícil, ¿no?, el falso fin. ¿Será que realmente no conocemos la etimología del vocablo?, el punto y coma que sigue; extendiéndose; sigue provocando la eterna cadena. Cadena de cientos de fines más. Una muerte, un minuto de silencio en el cual –tras pelear por la pelota del partido–, invitás al subconsciente a manifestarse; deseando que sea para rato, que se disfrace bien, que no abra el telón antes de tiempo pues no hay apuro: la rutina puede esperar.

Abrís los ojos, pero no descansaste, te sentís exhausto, justo como cuando te acostaste. ¡Pero si dormí 8 horas! ¿Acaso no son suficientes? Al parecer el sueño es más insaciable que la rutina. ¿Para qué la nombras? ¡Ahí viene de nuevo!

Es iniciar buscando el fin, por lo menos hay fines en los que te regalan empujones; el de la noche anterior. Noche que pareció eterna, pero se sintió tan efímera como burbuja en día de lluvia.

Francamente, agradezco el actuar de mi inconsciente, la obra fue tan buena que, anonadados, los espectadores comentaron sin cesar. Placer por sus obras, me transportan, me proyectan, hacen sentir el fin por fugaces instantes. Lástima que son solo obras, ¡qué mágico el teatro! Pienso que siempre me gustó y justo ahí, una cosa más que extrañar.

Sumergida en nostalgia, la rutina llama. Pelea perdida, el marcador indica 120-0. No se sorprendan, no, no, claramente voy perdiendo. “A veces toca”, me interrumpe un pensamiento, pero es simplemente para engañar a la conciencia de que “solo llevamos un rato”. ¿Engañar a la conciencia?, pobre mi inocencia.

¿La rutina?, un caramelo media hora. ¿El fin? Un Billiken de ananá. El cambio de roles sería perfecto pero lo perfecto no existe. Buenísimo, ya uso frases de moral, esto es peor de lo que pensaba.

Fin: te regalo una milésima de mi fe, o lo que queda después de perder el partido ciento veinte a cero.

Cero son las ganas que tengo de volver a empezar, cero las ganas que me abordan cuando pienso en el repetitivo punto y coma. Transformá, transmutá, volá, rompé la cadena. Dejé de ser volátil y no, no te pido que seas “para siempre”, porque el “siempre” del “para” pierde el sentido en nuestra finita existencia, con el solo hecho de que te describan como “definitivo”. Si la rutina es narcisista e insaciable, el subconsciente es buen actor, al despertar una vida, la nostalgia molesta. ¿Por qué vos fuiste fugaz? Confía, creé en vos, abandoná tu piel volátil; convertite, convertite en lo que tanto deseás, convertite en ese punto final.

Victoria Olsen

Soy Victoria Olsen, tengo 17 años. Me gusta compartir tiempo con la gente que más quiero y disfruto mucho estar al aire libre. También soy apasionada del deporte desde bien chiquita, tengo alma de club porque ese es el lugar donde me la pasaba pateando y riéndome, hasta hoy. Además de ser mi segunda casa y mi punto de encuentro,

es donde practico mi deporte. Si me tuviera que definir en una palabra, sin dudas, sería "intensa". Disfruto muchísimo del arte, aunque no soy de practicarlo tanto. Por último, creo que con una buena risa sanan un poquito todas las preocupaciones y mambos que puedas estar pasando, por eso amo reírme y constantemente intento hacer reír al resto.



Cuarentenemos esperanza

–Maaa, ¿qué es la cuarentena?

–Tenés que quedarte en casa por unos días, no pasa nada, todo va a estar bien...

Y, de repente, mi vida de adolescente dio un giro de 180 grados. El entusiasmo de empezar la secundaria se transformó en días y días de encierro. Hasta me olvidé de las caras de mis nuevos compañeros y profesores. Pronto comenzaron las clases virtuales, al principio mamá y yo nos peleamos un poco con la tecnología, no nos habíamos dado cuenta de que a partir de ese día nos manejaríamos para todo con el bendito celular que, a veces, explota de información.

El Zoom me ayudó a reconocer a algunos profesores que, sin querer, me abrían su casa mostrándome hasta sus mascotas. Los cumpleaños por celu pasaron a ser un clásico y a pesar de que el cumpleaños hubiera querido pasarla con la compañía de sus amigos, seguramente compartiendo una comida, ahora se conforma con un “feliz cumpleaños” cantado a destiempo.

Los días pintan ser iguales, como si todos fuesen descontracturados viernes a la noche. No hay horario ni para levantarse ni para acostarse. Da igual desayunar a las doce, comer a las cinco de la tarde y acostarse a las tres de la madrugada. Al principio, todos fuimos cocineros para matar el tiempo y aunque cargamos unos kilitos de más no nos importó demasiado.

Las noches son más que silenciosas, hasta siento caminar a los gatos de mi vecino sobre mi techo. Los autos ape-

nas pasan y, si alguna persona camina por la vereda, la escucho como si lo hiciera en mi cuarto.

En mi barrio muchas casas se transformaron en negocios improvisados. Verdulerías, kioscos, venta de pan y de comidas. Dice mi mamá que el bolsillo aprieta y hay que rebuscarse como sea.

Me doy cuenta de que nada es igual que hace tres meses. Los chicos desaparecieron, los abuelos se asoman solo a través de un vidrio y la falta de trabajo comienza a preocupar. Llevamos muchos días de cuarentena y en la tele no hay buenas noticias. El maldito virus se lleva a los abuelos y a los más débiles, la inseguridad aumenta y eso me asusta.

Ahora todos somos iguales, tener plata o no tenerla es lo mismo, todos podemos enfermarnos. Hasta aparecieron nuevos héroes: médicos, enfermeros, personal de sanidad, limpieza y muchos más arriesgan su vida por nosotros. Los aplaudimos... ¡lo que me gustó!

También tuvimos héroes anónimos. Ellos sí que saben de solidaridad y ayudaron con un plato de comida a los que menos tienen, a los que golpeó con más fuerza la pandemia, a vecinos sin trabajo. Sueño que algún día nos levantemos y todo haya terminado de la mejor manera. Ojalá pueda retener en mi memoria todo esto y contarles a mis hijos y nietos lo que pasamos y ser una de las protagonistas de los libros de historia que ellos van a tener que estudiar.

Quisiera contarles que, a partir de marzo de 2020, la gente se volvió más solidaria, practicó la empatía, cuidó para siempre de la naturaleza y lo primordial: aprendió la importancia de los afectos y cómo acompañarlos en los mejores y peores momentos de su vida.

Por todos los que se fueron muy rápido y todavía deberían estar, por los que perdieron su trabajo, por los niños y abuelos, por los padres que luchan por darnos todo, ojalá sepamos valorar lo más importante que tenemos como personas: “la libertad”.

Melissa Rube

Mi nombre es Melissa Natali Rube, tengo 13 años, nací en Martínez el 26 de noviembre de 2007.

En este momento vivo en el barrio de Villa Hidalgo en José León Suárez con mi mamá, Norma Quevedo. Mi padre se llama Jorge Rube y vive en Moreno ya que ellos se encuentran separados. Además, tengo una hermana mayor, Florencia, una sobrina de 5 años llamada Nia y un hermanastro llamado Lucas.

Estudio en el colegio Almafuerte desde los 3 años, actualmente curso el segundo año del secundario y me considero una buena estudiante.

Desde los 5 años practicaba danza y gimnasia artística. Siempre soñé convertirme en profesora de Educación Física pero la pandemia me obligó a abandonar mis prácticas, por eso, considero ahora otras opciones. No importa lo que elija, mi deseo será lograr el mejor futuro posible para mí y mi familia.







Migrantes en Reconquista: de la palabra, los cuerpos y el territorio

Este libro no aparece espontáneamente solo en el vacío, sino que se desprende de un proyecto más amplio y ambicioso llamado *Migrantes en Reconquista*, una propuesta de investigación-acción-participativa (IAP) situada e interdisciplinaria que encontró en el programa sobre cambio climático, género y migración del International Development Research Council (IDRC) de Canadá una oportunidad para trabajar colaborativamente desde la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM) en el territorio más segregado de nuestro municipio: el Área Reconquista (AR), compuesta por unos quince barrios populares creados en los últimos cincuenta o sesenta años a partir de la llegada de familias migrantes provenientes, sobre todo, de áreas rurales de distintas provincias del norte de Argentina y de países de la región como Paraguay, Bolivia y Perú, entre otros.

Nuestro proyecto despliega sus intereses de indagación sobre la realidad que enfrentan miles de mujeres trabajadoras migrantes que residen en la cuenca media del Río Reconquista, el segundo más contaminado de Argentina. En los casi 50 kilómetros que recorre este río habitan más de 4 millones de personas, especialmente concentradas en los municipios que atraviesa en el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA), como Moreno, Hurlingham, Tres de Febrero y San Martín. En este último, se ubica desde 1976 el basural más grande del país y la región (el CEAMSE), que hace de los barrios que componen el AR un nodo de pertenencia, subsistencia y resistencia de unas 200 mil personas que se dedican –en mayor o menor

EPÍLOGO

medida– al reciclado de residuos. La vulnerabilidad socio-ambiental se verifica a diario no solo en los olores que viajan por el aire y las constantes inundaciones de los arroyos del río, sino también en las enfermedades endémicas producidas por la contaminación y la falta de infraestructura urbana básica y de acceso a derechos como trabajo registrado, vivienda digna y educación. Las redes migrantes emplazadas en el AR han permitido la llegada de estas familias y la urbanización de esta parte de la cuenca, y agencian saberes tradicionales y lealtades comunitarias, lo que compone, así, un rico entramado organizacional que –no casualmente– es sobre todo liderado por mujeres.

En este sentido, Migrantas en Reconquista adopta una mirada transversal y transformativa en la comprensión de los fenómenos que estudia en la intersección de cambio climático, género y migración. El trabajo de investigación y articulación es realizado por aproximadamente cincuenta personas –sobre todo, mujeres– entre académicxs formadxs y en formación de distintas disciplinas y articuladorxs territoriales vinculadxs a organizaciones sociales. Este equipo encara la tarea de relevar información, sistematizarla, detectar problemas y acompañar potencias desde el intercambio cotidiano, así como la de tender puentes entre las organizaciones del territorio y distintas dependencias del Estado, organizando reflexiones colectivas e intercambio de saberes, que son insumo primordial para el trabajo de diagnóstico y análisis con miras a la proyección. En ese sentido, nuestro proyecto es el producto de un trabajo colectivo y comprometido, que es en verdad un espacio de aprendizaje del que este libro es un claro ejemplo.

La metodología de IAP, que une investigación científica con voluntad política de transformación de las desigualdades, implica en la práctica consensuar agendas y vocabularios comunes de manera colaborativa, en nuestro caso, para develar la interseccionalidad de las opresiones que las mujeres migrantes y trabajadoras de la economía popular del AR enfrentan a diario, a fin de fortalecer sus estrategias de adaptación y su capacidad de resiliencia. En estos casi tres

EPÍLOGO

años de existencia, buscamos generar conocimientos acerca de las condiciones de vida del AR, fortalecer las redes inter-institucionales, promover procesos educativos dialógicos y crear un conjunto de herramientas artísticas para la comunicación. Cada uno de estos objetivos se corresponde con un paquete de actividades que, si bien son planificadas desde el inicio, terminan de delinearse a partir de alianzas y registros que son organizados con las mujeres migrantes que habitan la cuenca y, a partir de ellas, con las familias y colectivos. Así, hoy llegamos a contemplar en nuestras acciones a unas 15 mil personas.

Por estas razones, Migrantas en Reconquista se volvió una referencia del territorio en el marco de la universidad y el estado, así como del estado y la universidad en el territorio, y se convirtió en el puente necesario para el fortalecimiento del trabajo en red, fundamental para garantizar el acceso a derechos. Además de ser un espacio de formación en investigación-acción-participativa, es una usina de conocimiento interdisciplinario situado y con perspectiva de género, a la vez que una promotora de la educación y el arte como herramientas de transformación de las injusticias y de la inclusión de las mujeres migrantes en la toma de decisiones.

Sin embargo, la pandemia global de COVID-19 nos obligó a repensar y construir nuevas herramientas de vinculación en un contexto sumamente crítico. Y cuando las medidas de aislamiento social preventivo y obligatorio (ASPO) decretadas por el Gobierno argentino nos impidieron estar ahí tanto como lo habíamos planeado, tuvimos que movilizar la imaginación, agenciando redes colaborativas entre las posibilidades que la tecnología (o su falta) nos habilitaban, reacomodando nuestras metas y acciones a las nuevas realidades para seguir creando puentes. En ese sentido, el concurso artístico que dio origen a este libro –al igual que todas las actividades que realizamos– buscó entender, colaborar y reflexionar sobre las realidades pandémicas, partiendo de la observación y la escucha atenta de las distintas experiencias e historias de vida de las personas localizadas en esta zona del Gran Buenos Aires.

EPÍLOGO

Una investigación colaborativa y transformadora que cruza cambio climático, género y migración implica involucrarnos como actorxs en un diálogo de saberes y conocimientos que nos permita visualizar un futuro mejor para las nuevas generaciones, las juventudes e infancias. Esta es la principal preocupación de las sociedades y de las mujeres que cuidan y sanan por mandato, pero, sobre todo, por amor comunitario y por respeto a los saberes ancestrales que les fueron transmitidos por sus madres y abuelas. Porque para no caer en un futuro distópico en el que la única opción para las personas de zonas rurales sea “migrar –a las periferias urbanas– o morir” en el que las guerras estén motivadas por el acceso al agua, es preciso atender lo que las mujeres, especialmente, las mujeres indígenas, rurales, migrantes vienen marcando desde hace tiempo: que la tierra es sujeto de derechos, que las cuencas son sus venas y el agua, la sangre que posibilita la vida. Es a través de la educación y del arte producido a partir de conocimientos diversos y situados que la universidad puede participar de este proyecto colectivo, emancipatorio y liberador basado en la igualdad, la justicia y la libertad.

Natalia Gavazzo

Directora del proyecto IDRC Migrantas en Reconquista,
investigadora adjunta del CONICET y profesora adjunta UNSAM.

Reconquistar la palabra

Ser de la región del Reconquista nos hace conocedores de múltiples dialectos, idiomas, y diversas expresiones musicales: chacarera, chamamé y polka eran una constante en nuestros barrios. Yo crecí escuchando a mis abuelos charlando en quechua y guaraní, a mi abuelo David con las vendedoras cholas en quechua, lo que era un atractivo a la hora de ir a comprar los mejores pimientos. Mi abuela Ana, que con mi abuelo Abercio solo charlaban en guaraní cuando armaban sus propios cigarros *pó-guazú* con el tabaco que ellos producían, mientras se oían melodías de polka en los inolvidables discos de Cerro Corá.

La poesía, el cuento, el dibujo y la música son características nuestras también, ¿podríamos conjugar estas expresiones con las realidades cotidianas de nuestras comunidades? ¡Sí! La respuesta es este libro. Esta producción tiene como sentido ahondar en las expresiones de todos nuestros vecinos, la posibilidad de expresar las diversas miradas y convocar al ejercicio literario a fin de aportar a la reconstitución de nuestro tejido social tan degradado. Este ejercicio permanente tiene antecedentes en los ya varios libros producidos en las plantas de reciclado, en las empresas recuperadas por sus trabajadores, en nuestras escuelas y bibliotecas populares, en la cárcel y en nuestros barrios. La reconquista de la palabra no solo refiere a la producción literaria, sino que, a través de ella, entendemos que podemos atravesar un tiempo donde pareciera ser imposible encontrarnos, construir miradas comunes sobre un futuro donde los miedos o el terror puedan ser encontrados en las novelas y no en nuestras veredas.

Entonces confiamos en nuestra creatividad, nuestras expresiones artísticas están para que todos nosotros podamos animarnos a explotarlas, creemos y nos expresemos de manera cotidiana. La Universidad de San Martín genera los circuitos necesarios para que estas producciones se materialicen y

puedan estar al alcance de todas las comunidades. También garantiza que la palabra circule en nuestro territorio y podamos comprender muchas que no tenían sentido para nosotros. Los gestos, en nuestros contextos, suelen sintetizar nuestra comunicación cotidiana, pero en pandemia el oírnos era reemplazado por el mirar, debíamos entonces combinar los sentidos al mismo tiempo que elaborábamos técnicas para producir nuestra palabra escrita. Así como sucedió en este caso, todas las actividades que desarrollan nuestras comunidades van encontrando su cauce en este reconquistar de nosotros mismos.

Ernesto “Lalo” Paret

Programa Articulación Territorial de la UNSAM

AGRADECIMIENTOS

Parece que marzo de 2020 fue ayer, comenzaba la pandemia y, con ella, momentos de angustia e incertidumbre, que no daban indicios de que terminarían pronto. Eran tiempos en los que se creía que el aislamiento no tendría fin, que los vínculos parecían comenzar a destruirse y, de a poco, comenzamos a perder seres queridos, integrantes de nuestras organizaciones del Área Reconquista. En ese contexto, nació el concurso que da origen a este libro y, con él, una luz de esperanza que derivó en un trabajo colectivo del cual participaron una gran cantidad de personas a las que no podemos dejar de agradecer.

En primer lugar, agradecemos a Ernesto “Lalo” Paret, no solo porque ha sido gestor del proyecto Migrantas en Reconquista, sino porque fue suya la idea de organizar un concurso artístico para acercar a lxs educadorxs materiales interesantes que les permitieran sostener vínculos con estudiantes del territorio; sobre todo, mujeres y jóvenes castigadxs por una cuarentena imposible de cumplir en los barrios populares. Su convicción de que el arte salva y transforma las desigualdades, su vínculo ancestral con este territorio y su gente, y su confianza en nosotras son insumos necesarios para nuestro proyecto y también para que la UNSAM tenga una conexión real con las necesidades de estos barrios invisibilizados de nuestro Municipio de San Martín. Con él, también agradecemos a todas las personas que integran el Programa Articulación Territorial de la UNSAM, especialmente a las compañeras Nancy Salvatierra, que ocupó múltiples roles en este proceso creativo, desde jurado hasta locutora, y a Cecilia Allemandi y Gisela Bustos, que siempre sostienen desde el afecto y el compromiso nuestras acciones.

A través de este programa de la UNSAM, mantenemos un nexo fuerte con otro espacio de construcción colectiva necesario como la Mesa Reconquista, que agrupa a un universo rico y

AGRADECIMIENTOS

fuerte de organizaciones de lo más variadas, entre las cuales se sitúan nuestros socios estratégicos. Queremos agradecer a la Biblioteca Popular La Carcova, especialmente a Nicolás Baigorria por su trabajo de narraciones con mujeres y a Waldermar Cubilla y Gisela Pérez por su persistencia en el vínculo. También, al Centro Cultural Lxs Amigxs de barrio Sarmiento, con Ana de Mendonça y Mario Cruz a la cabeza y en el corazón. Agradecemos enormemente al Colectivo de Mujeres Osadía (además de Nancy, a todas “las osadas”, Alejandra, Andrea, Mabel, Norma, Susana y Cristina), que participaron desde el inicio, poniendo sus voces y cuerpos ex-presivos para difundir el concurso. De la Mesa, el agradecimiento también va para la gran FM Reconquista con arraigo en Villa Hidalgo (con particular mención de los queridos Rafael González y Raúl Bermúdez) que siempre nos ha dado el espacio y ha puesto sus herramientas comunicacionales a disposición del concurso. No queremos dejar de mencionar a La Colmena, organización de mujeres emblemática que ha sido vanguardia no solo en educación popular, sino también en el cuidado amoroso de las infancias vulnerables (especialmente a Margarita Palacios y Carmen Gómez). Otra organización fundamental para la educación popular con la que estamos agradecidas por su participación es Puntos de Encuentro (también conocida como El Campito), con Maga Ciongo y Juan Montalbetti como nuestros interlocutores.

La Mesa Reconquista y el Programa de Articulación Territorial de la UNSAM han sido, además, gestores de proyectos importantes para la comunidad y también debemos agradecerles. Por un lado, está el CUSAM (especialmente la banda “Sale 500”, que nos compusieron una canción, y Florencia Miguel, que lleva arte y educación donde más hace falta); y, por el otro lado, está la Escuela Secundaria Técnica (EST) UNSAM (con especial mención de Andrea Biscione, Alejandra Chaer y Augusto Suárez, así como también al resto de educadorxs que facilitaron la producción artística de lxs estudiantes). Asimismo, agradecemos enormemente a Karina Agüero, compañera del Programa de Vinculación con Escuelas

AGRADECIMIENTOS

Secundarias de la Secretaría Académica de la UNSAM, quien facilitó los contactos con los espacios de formación media del partido de General San Martín.

Tampoco podemos dejar de agradecer a Doña Julia Cornejo Aranibar, quien nos prestó su voz y sus palabras en lengua quechua para el *spot* radial, a Colectividades Unidas Sin Fronteras de Costa Esperanza (especialmente a Rosa y Rómulo), a Flor de Loto de Villa Hidalgo (particularmente a Verónica Álvarez), organizaciones que han tenido un rol central en el concurso. Queremos agradecer también a los Centros Juveniles de Billinghamurst e Independencia, al CENS N° 455, al Bachillerato La Esperanza, a la Escuela Primaria para Adultos N° 703 y al Centro Comunitario 8 de Mayo, el brazo solidario de la gran Cooperativa Bella Flor que, con Lorena Pastoriza y Nora Margarita Rodríguez en la conducción, recicla residuos colectivamente y, así, abre esperanzas de mundos mejores.

También queremos agradecer a nuestras compañeras del equipo territorial de Migrantas: Teresa Pérez, coordinadora de la red y artista militante de San Martín, que articuló con la Biblioteca de la Imagen (ex Foto Club de Villa Ballester) para la selección de las fotografías, redactó con nosotras las bases de la convocatoria y realizó el mapa del libro; nuestra becaria de maestría Sofia Espul que, además de contribuir en la redacción de textos, se puso al hombro la edición de los relatos de lxs jóvenes; nuestra becaria doctoral Belén López, que ayudó en la escritura y preparación de relatos; Débora Gerbaudo Suárez, becaria CONICET asociada a Migrantas, que asistió en el registro de los talleres de edición. Y especialmente Gabriela Capellaro, secretaria de nuestro proyecto, que ha sido una gran mediadora del extenso diálogo que debió suceder para que este libro hoy exista, por su edición cuidadosa y amorosa junto con Nicolás Bolívar. Asimismo, agradecemos a Gabriela Salvini, ex directora de CUSAM, compañera que siempre está ahí donde debe estar, poniendo su corazón para la educación y el arte. Agradecemos también a quienes integraron el jurado del concurso: Luciana Strauss (investigadora y docente del IDAES, escritora y militante del

AGRADECIMIENTOS

arte popular) y Fátima Cejas (egresada de la EST UNSAM), que hicieron un largo trabajo de lectura y comentarios; y Leonardo González, Sofía Muiñoz, Miguel de San Martín y Sol Lorenzo de la Biblioteca de la Imagen, que seleccionaron las imágenes que componen este libro. También agradecemos a Leonel Lemús y Yamila Safe, y muy especialmente a Yair Rubio y a Juan Valenzuela, quienes realizaron los grabados para el libro.

Por último, decimos gracias a la UNSAM, universidad pública del conurbano, fundamentalmente a la Escuela IDAES (su decano Ariel Wilkis y la Secretaria de Investigación Verónica Robert), por abrir un camino de vinculación más fuerte con el territorio de San Martín y su gente, y por confiar en el proyecto para esa enorme tarea; y especialmente agradecemos al International Development Research Council (IDRC) de Canadá y a la oficina regional de Montevideo, particularmente a nuestro interlocutor Walter Ubal, por creer en nosotras, orientarnos en el desafío de transformar las desigualdades y por dar soporte a proyectos de investigación-acción como Migrantas en Reconquista.

Índice de temas comunes a los relatos²

aislamiento (Maira, Mariana, Belén)
angustia (Rosa, Inés, María Sol, Kiara)
calles solitarias (Melina, Ana Margarita, Inés, Sol)
cambios (Melissa, Kiara, Silvia, Daniela, Daiana)
comedores (Irina, Melina)
conectividad (Kiara, María Sol, Jessica, Esther, Ana Margarita)
cuidados (Ariana, Rosa, Daniela)
encierro (Jessica, Maira, Daniela, Daiana)
escribir (Maira, María Sol)
escuela (Ariana, María Sol, Esther)
estudio (Ariana, María Sol, Melissa, Victoria, Mariana, Jessica)
extrañar (Sol, Jessica, Maira, Daniela, Ana Margarita)
familia (Ariana, Kiara, Sol, Melina, Jessica, Silvia, Daniela,
Esther, Daiana)
hambre (Irina, Melina)
héroe (Irina, Melissa)
incertidumbre (Daniela, Esther, Ana Margarita)
inseguridad (Ariana, Kiara)
libertad (Sol, Melissa, Inés)
medioambiente (Ariana, Kiara)
miedo (Keyla, Rosa, Daniela, Ana Margarita)
moral (Sol, Victoria)
muerte (Rosa, Ariana, Keyla, Ana Margarita)
olla popular (Jessica, Irina)

² N. de E.: Este índice reúne los asuntos que aparecen al menos en dos relatos, a modo de cruce de temas de interés de las autoras. Decidimos no incluir las entradas “barrio”, “cuarentena” y “COVID/coronavirus”, porque a raíz de estos surgió la propuesta de escritura y, de alguna manera, atraviesan todos los relatos.

ÍNDICE DE TEMAS

palabras nuevas (Esther, Ana Margarita)
pobreza (Irina, Silvia)
policía (Araceli, Esther)
preguntas (Keyla, Kiara)
silencio (Sol, Melissa, Jessica, Ana Margarita, Inés)
sin dinero (Mariana, Rosa, Melissa)
soledad (Keyla, Sol, Inés)
solidaridad (Irina, Jessica, Ana Margarita)
tiempo libre (para pensar) (Melissa, Melina, Mariana, Silvia,
Daniela, Victoria)
trabajo (Irina, Melina, Melissa, Jessica, Mariana, Rosa)
tristeza (Keyla, Kiara, Melina, Ana Margarita)
vecinos (Irina, Silvia, Rosa)

Índice

INTRODUCCIÓN. El arte como refugio: del concurso al libro	9
Mapa	18
FOTOGRAFÍAS MUJERES	
“Sin título”, de Verónica Gonzales	20
“Poliladron”, de Silvia Bravo	22
FOTOGRAFÍAS JÓVENES	
“Un día normal en cuarentena”, de Alejandro Sotelo	24
“Carcova en pandemia”, de Alejandro Obertino	26
RELATOS MUJERES	
“Nostalgias en cuarentena”, de Rosa Barrón Valencia	31
“Más grande que la reja”, de Daniela Borda	35
“Pandemia”, de Esther Urquia	38
“Mundo en pausa”, de Jessica López	40
“Carta a mi hija”, de Maira Lemús	43
“(Re)nacimiento”, de Mariana Edith Noriega	46
“Entre tranza y hospitales”, de Silvia Bravo	48
“Palabras nuevas”, de Ana Margarita Garrido	50
“Cambiano mis días”, de Belén Mationdario Papa	53
“Mi barrio en cuarentena”, de Daiana Florencia Ojeda	55
“¿Dónde están todos?”, de Inés Lorente Montserrat	56
RELATOS JÓVENES	
“Mi soledad en cuarentena”, de Keyla Pineda	63
“Reviví un sentimiento”, de María Sol Santillán	66
“Un héroe del barrio Independencia”, de Irina Galeano	69

ÍNDICE

“Mi yo en pandemia”, de Ariana Rebaza	71
“Cuarentena emocional”, de Sol Álvarez	75
“La vida es una rueda, hay que rodar con ella”, de Melina Cuella	79
“Mi barrio en cuarentena”, de Araceli Gammarra	82
“Todo cambio transforma”, de Kiara Maidana	84
“Punto final”, de Victoria Olsen	88
“Cuarentenemos esperanza”, de Melissa Rube	91
EPÍLOGO. Migrantas en Reconquista: de la palabra, los cuerpos y el territorio	97
TEXTO DE CIERRE. Reconquistar la palabra	101
Agradecimientos	103
Índice de temas comunes a los relatos	107

El concurso de relatos y fotos Mi Barrio en Cuarentena nació en 2020 durante los primeros meses de la pandemia por COVID-19. Su objetivo ha sido coproducir conocimiento acerca de este momento extraordinario en los distintos barrios del Municipio de San Martín del Gran Buenos Aires, desde la visión de las mujeres y jóvenes que los habitan.

Convocado por el proyecto Migrantas en Reconquista y con una participación de 80 personas de 19 barrios y 22 instituciones, esta iniciativa se propuso garantizar el acceso a la educación, que se volvió especialmente difícil de sostener durante la pandemia debido a problemas estructurales previos, en particular la brecha digital.

El proceso de producción de obras implicó generar materiales pedagógicos sobre los que se trabajó en talleres específicos y otros espacios de diálogo entre educadores, estudiantes y universidad, cuando la presencia física estaba prohibida, brindando herramientas reflexivas en torno a la pandemia e incluso aportando formas de lidiar con el encierro. El conjunto de obras seleccionadas son una muestra de la gran creatividad, sensibilidad e inteligencia de las mujeres y jóvenes de estos barrios para enfrentar las más diversas dificultades, así como también del potencial del arte popular y la educación para la transformación social de las desigualdades preexistentes, que en pandemia se vieron profundizadas.



Escuela Interdisciplinaria
de Altos Estudios Sociales
IDAES_UNSAM



MESA
RE
CON
QUISTA



Articulación
territorial
UNSAM

TERRITORIO
EDUCATIVO